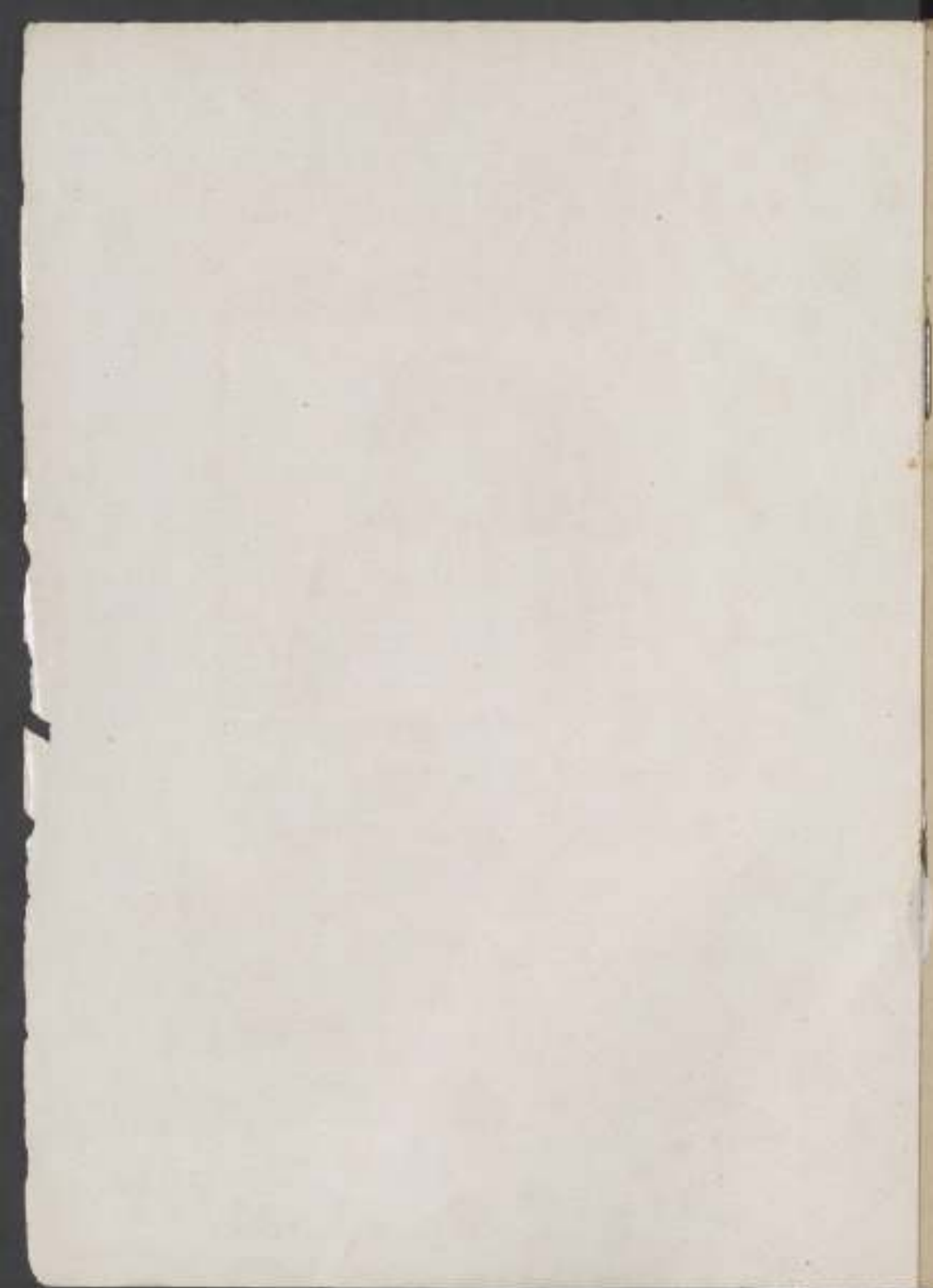


Què verde era mi valle!



WALTER PIDGEON
MAUREEN O'HARA
DONALD CRISP
ANA LEE
BODDY MCDOWALL





¡QUÉ VERDE ERA MI VALLE!

THE VENDOR HAS NO VALUE

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

¡QUE VERDE ERA MI VALLE!

Maravilla cinematográfica

Argumento de
RICHARD LLEWELLYN

Guión de
PHILIP DUNNE

Dirección
JOHN FORD

Productor
DARRYL F. ZANUCK

Es una producción



LA MARCA DE LOS MÁS GRANDES TRIUNFOS

PREMIO DE LA ACADEMIA DE
ARTE Y CIENCIAS DE HOLLYWOOD:

- 1) Por la mejor película del año
- 2) Por la mejor dirección del año, a **John Ford**
- 3) Por la mejor interpretación del año, a **Donald Crisp**
- 4) Por la mejor fotografía del año, a **Arthur Miller**
- 5) Por la mejor decoración del año, a **Thomas Little**
- 6) Por la mejor dirección artística del año, a **Richard Day y Nathan Juran**

INTÉRPRETES:

Sr. Gruffydd	Walter Pidgeon
Angharad	Maureen O'Hara
Sr. Morgan	Donald Crisp
Bronwen	Ana Lee
Huw	Roddy Mac Dowall
Ianto	John Loder
Sra. Morgan	Sara Allgood
Cyfartha	Barry Fitzgerald
Ivor	Patric Knowles
Welsh Singers	Ellos Mismos
Mr. Jonas	Morton Lowry
Mr. Parry	Arthur Shields
Ceinwen	Ann Todd
Dr. Richards	Frederick Worlock
Davy	Richard Fraser
Gwilyn	Evan S. Evans
Owen	James Monks
Dai Bando	Rhys Williams
Mervyn	Clifford Severn
Evans	Lionel Pape
Mrs. Nicholas	Ethel Griffies
Motshell	Dennis Hoey
Iestyn Evans	Marten Lamont
Meilyn Lewis	Eve March
Ensemble Singer	Tudor Williams

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

¡Qué verde era mi valle!

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Con grave lentitud, las manos callosas de hombre avezado al trabajo y a la lucha por la vida, llan el pañolón dentro del cual van todos los enseres del trabajo: la lámpara, el pico, los gruesos zapatos claveteados... y con ellos los recuerdos de muchos años.

La voz, como venida de lejos, de la infinita lejanía de remotos tiempos, se alza serena y melancólica, con sencillez y amplitud de órgano, como si en una oración sublime invocara todo aquel pasado huido para siempre.

—Envuelvo mis cosas en el mantón que usaba mi madre para ir al mercado, y abandono mi valle natal... ¡Y esta vez para no volver jamás!... Dejo detrás de mí cincuenta años de recuerdos...

Las manos han anudado las dos puntas del pañolón, tardándose en aquel trabajo, como si les debiera hacerlo, como si aquel gesto tan trivial fuera algo así como la última paletada que se echa sobre una tumba recién abierta.

—¡Recuerdos!... —suspira la voz de graves diapasones—. Es muy raro que olvidemos cosas que acaban de suceder... y recordamos, como si fuera ayer, lo que

les ocurrió hace muchos años a personas ya fallecidas... ¿Quién podrá decir lo que es real y lo que no lo es? ¿Voy a creer que ya no existen mis amigos, si aun resuenan sus voces en mis oídos? No...

La voz se detiene, por la mente debe haber desfilar todo un mundo desaparecido: la vieja que vivía en la casa vecina; la chiquilla que jugaba con él, cuando apenas gateaban por el suelo; el desfile de los mineros que cruzaban la calle a la salida del trabajo y que le sonreían al pasar junto a él, que les miraba con respeto y con admiración...

—No, no... —continúa diciendo la voz. —Y seguirá diciendo que no, porque ellas tienen vida propia en mis recuerdos... No hay nada que nos separe de los tiempos pretéritos, se puede volver a ellas si se recuerdan, se puede volver a vivir todo lo que se ha dejado atrás: alegrías, dolores, esperanzas, desengaños... ¡todo! Por eso, si cierro los ojos, dejo de ver el valle tal como es hoy, y lo contemplo como cuando yo era un muchachito... ¡Era tan verde!

¡Qué extraño gemido de nostalgia y

de dolor encierra la voz al pronunciar estas palabras: ¡Y cómo surge en la mente del que va a emigrar para siempre, el valle tal como era antes de que el carbón, implacablemente, se hubiera ido apoderando de toda la colina y ennegrecido con su polvo sutil todo lo que la vista alcanzaba ver!

—¡Qué verde era mi valle! Rebosaba de todos los dones de la tierra... En todo Gales no había otro tan hermoso. Los pastos cubrían las colinas y descendían hasta el pueblecito alegre y ruidor, y al pie de los árboles seculares las flores silvestres desplegaban la maravilla de su colorido y de su perfume... Todo cuanto aprendí de pequeño me lo enseñó mi padre, y nunca encontré inútil o equivocado lo que él me dijera.

¡Cómo recordaba ahora el rostro sereno de su padre, el viejo capataz de la mina, recto y justo para todo, amante de los suyos, pero severo para corregir cualquier error! Solía pasear con él y se apoyaba en su hombro de niño y le iba explicando todo cuanto surgía a su paso: la vida de los rebaños, de las plantas, de los árboles... La corriente de los ríos... El trabajo de la mina, entonces apenas incipiente.

La voz resuena de nuevo a través de todos aquellos recuerdos que no surgen tumultuosos en la mente, sino al contrario, se van haciendo claros unos tras otros, como si en realidad los volviera a vivir uno a uno, en sus más íntimos detalles; y surgían ahora con mayor claridad, porque el tiempo y las enseñanzas de la vida le hacían ver más netamente el por qué de las cosas que habían pasado y de los sentimientos experimentados en el momento de suceder los hechos que iban surgiendo en su imaginación.

—Las enseñanzas de mi padre eran

sencillas y claras y están en mi memoria lo mismo que si las hubiera oído ayer. En aquellos días, la escoria negra, los desperdicios del carbón, no habían hecho más que empezar a cubrir un solo lado de la colina... Aun no habían conseguido estropear o ennegrecer la belleza del pueblo, porque entonces comenzaban solamente las minas, con sus largas galerías como túneles, a aprisionar el verde valle. Me parece escuchar todavía la voz de mi hermano Angharad... Lanzaba al aire un grito peculiar, con una voz clara, juvenil, como el grito salvaje de un ave que trinara desde lo alto de la colina, escuchaba yo aquel grito que me traía el viento, y le contestaba con otro igual... Allí abajo, en la calle principal del pueblo, se agitaba, como trémula paloma, la mano de Angharad saludándome de lejos, y ya le decía también ¡adiós! con mi mano, volviendo a lanzar ambas al aire aquel grito que el eco repetía a lo lejos en una cadencia vibrante e infinita.

Mi padre y mis hermanos—tenía ya cinco hermanos mayores, hombres ya, fuertes y avorazados al trabajo como mi padre, además de mi hermana Angharad y yo, que nos quedábamos en casa y ayudábamos a los trabajos que hacía mi madre—eran mineros y estaban orgullosos de su trabajo. Todas las semanas desfilaban ante la ventanilla del que pagaba los jornales a fin diciendo a viva voz, además del nombre del minero, la cantidad que se había ganado en la semana:

—Gwlyn Morgan, tres libras siete... Ianto Morgan, tres libras siete... Ivor Morgan, tres libras siete... Davy Morgan, dos libras cinco... Owen Morgan, dos libras cinco... Gwilyn Morgan, hijo, una libra diez...

La familia Morgan era la más numerosa de todas: cuantos trabajaban en la mina. Mi padre y mis cinco hermanos salían en fila con los demás mineros, y cuando ya estaban en la calle, camino del pueblo, alguien comenzaba a cantar y en seguida, en todo el valle, resonaba alegremente la canción, porque mi pueblo es pueblo de cantoras, y está orgulloso de serlo. Las voces armonizaban bien, entonaban perfectamente y se hacían sublimes en la quieta calma del aire del valle, todo paz y dulzura, de aquel valle suave y verde que se abría entre colinas mimadas por la naturaleza.

Cuando llegaban a casa entregaban su jornal a mi madre, que los esperaba con Angharad a la puerta, siempre abierta, del hogar, y había llegado la hora del lavado en el patio. Los seis hombres trabajaban de asear la mejor posible. Mi hermana Angharad era la encargada de traer los cubos del agua fría y caliente y yo hacía por ayudarla, aunque entonces no tenía mayor fuerza que ella, que era mujer. Mi padre y mis hermanos hacían lo imposible por quitarse de encima el polvo negro del carbón. Mucho se quitaban, pero no todo se iba. El polvo se quedaba en sus cuerpos, como marca honorable de su profesión. Y yo envidiaba a mi padre y hermanos por ello. ¿Quería ser hombre? ¡Minero, como ellos! Pasaban un buen rato fregando y fregando de nuevo, con espuma de jabón y cepillo, pero el carbón se quedaba allí, filtrado en la piel, y se reía de ellos.

Luego nos sentábamos a la mesa, preparada por mi madre. Mi padre presidía y siempre había un buen trozo de carne o una pierna de cordero ante él. Nadie comenzaba a comer sin que él hubiera empezado. Y un día en que yo, chi-

quillo, alargué la mano para coger antes que nadie una rebanada de pan, mi padre me miró de modo tan fulminante que mi mano se retiró avergonzada y temblorosa; pero ahora recuerdo que bajo aquella mirada había una piadosísima sonrisa a la debilidad infantil, una sonrisa que hoy sé apreciar y que entonces ni acerté a ver. Nunca se hablaba en la mesa mientras comíamos. Cierzo que tampoco he conocido a nadie cuya conversación valiese más que una buena comida. Mi madre andaba siempre atareada, empezaba a comer la última y terminaba antes que nadie. Porque si mi padre era la cabeza de nuestro hogar, mi madre era el corazón. Angharad la ayudaba en los quehaceres de la casa, pero era ella la que los hacía y los presidía, porque le parecía que nadie podía poner tanto cariño como ella misma para que su marido y sus hijos estuvieran atendidos en todo. Después de cenar, cuando se habían lavado los platos, se traía la caja del dinero para repartir la asignación de cada uno. En nuestro valle nadie sabía lo que era un Banco. Guardábamos nuestros ahorros en casa, en una almoneda. Mi padre decía que el dinero hay que gastarlo, puesto que se gastan energías y esfuerzos para ganarlo... pero gastándolo siempre con algún fin determinado.

Yo entraba también en el reparto semanal, aunque no ganaba dinero, pero mis padres, al verme parado frente a ellos, como si esperara también mi asignación por mi modesto trabajo casero, se echaban a reír, y mi padre, después de haber cambiado con mi madre una mirada de inteligencia, ponía en mi mano unos céntimos.

Cuando me veía con aquello que para mí constituía un pequeño capital, corría

por aquella calle que había recorrido cientos de veces... siempre con respeto al pasar ante la capilla, deteniendo el paso y alzando mi gorra, tal como mi padre me enseñara, y volviendo a correr alucadamente en cuanto había cumplido con aquel requisito, para llegar lo antes posible a casa de la señora Tossal... Allí vendían unos dulces que, incluso ahora, me parece que duraban una eternidad, y que aun después de haberlos tragado, dejaban un sabor excelente de boca... ¡Todavía me parece sentirlo, a pesar de que han pasado tantos años!... Y me hace pensar en todo lo bueno que se fue con esos años...

La señora Tossal me daba el dulce, muy complacida al verme en su tienda, y me sentaba con su boca desdentada y amable, de viejecita a la que la vida no ha logrado amargar. ¡Debió ser porque siempre estaba entre dulces y cosas buenas!

Aquella tarde, al salir de la tienda de la señora Tossal, fue cuando vi por vez primera a Bron...

Era una muchacha encantadora, con un pelo muy rubio, como las mieses, y unos ojos muy claros, como las aguas del río; tenía en el rostro una dulzura infinita y sonreía con tanta simpatía que en el acto se atraía al querer de las gentes.

Bron había venido del valle cercano para hacer una visita a mis padres... Traía colgada del brazo una gran cesta y iba envuelta en un pañuelo, como el que usaban todas las muchachas del contorno, pero que en ella adquiría no sé qué extraño relieve, y al verme a mí me sonrió con su simpatía atrayente y me preguntó, parándose ante mi propia casa:

—Vive aquí Gwilym Morgan?... Tú debes ser Huw...

Asentí con la cabeza, admirado de que

me reconociera, y la hice pasar. Mi madre salió a recibirla, como si la hubiese estado esperando desde hacía tiempo.

—Eres tú, Bronwyn...!—le preguntó, abriéndole los brazos.

Bron se inclinó con una reverencia graciosa y sencilla.

—Te doy la bienvenida, hija mía — le dijo mi madre, abrazándola.

Creo que entonces me enamoré de Bronwyn... Quizá pareciera tanto que un niño pueda enamorarse, pero yo tengo mis recuerdos... y sé mejor que nadie lo que sentí en aquel momento... Sí, me enamoré de Bron... Era ella, dulce, buena, tenía un encanto especial que emanaba de toda su persona, y yo me quedé con la boca abierta contemplándola, mientras ella y mi madre hablaban con una franca sencillez.

—Me siento orgullosa de Ivor, hija — dijo mi madre, contemplando a la que iba a ser la esposa de mi hermano, mirándola ya también por el encanto especial de Bron.

Más lo estoy ya todavía — replicó Bron, sonriendo.

—Mucho le deben querer, para decidirse a venir a vivir a este valle... ¡Ah, me parece que sólo hace unos meses que andaba Ivor por aquí, a gatas, como ése, abriendo boca! — dijo mi madre, mirándome a mí y haciendo un significativo gesto para que yo cerrase la mía.

Y para calmar mi turbación, me dijo, presentándome a la muchacha:

—Esta es Bronwyn, Huw, y será pronto hermana tuya.

—Ya nos conocemos... Ha sido él quien me ha traído hasta aquí... ¡Cuidado, hermanito, que hay birrachos en la cesta! —rió Bron.

Acudieron mi padre y mi hermano Ivor, que estaba muy turbado y no se atrevía

a avanzar hasta Bron; tuvo que ser mi padre el que lo empujara cariñosamente hacia ella. También salieron todos mis hermanos a conocer a la que iba a entrar en nuestra familia, para formar hogar aparte con Ivor, en una casita al lado de la nuestra; pero entonces mi padre me hizo levantar de la silla, en la

que yo me había instalado cómodamente para contemplar el acontecimiento de la presentación a la familia de la elegida por Ivor, y me dijo, dándome unas palmadas en la parte trasera:

—Anda, ve... que esto no es para ti... Algún día te llegará la vez... Anda fuera.

En la capilla se reunió todo el pueblo en masa para ver la boda de mi hermano con aquella muchacha rubia y dulcísima venida de otro valle. Ocupábumos el primer banco mi madre, a su lado mi hermana Angharad y yo. Angharad estaba bellísima con su traje de fiesta, y sus grandes ojos negros lucían mejor a la sombra de su sombrerito lleno de flores. Mi padre ejercía las funciones de maestro de ceremonias y esperaba al pie del altar la llegada de la novia, que entró en el templo, maravillosa en su traje de novia.

Tuvo mi padre que avisar a Ivor, porque éste no sabía lo que debía hacer ni acertaba a moverse con libertad. ¡Tan grande sería su emoción en aquellos momentos! Yo no tenía ojos más que para Bron, que estaba bonita como un ángel.

A Bronwyn e Ivor les iba a casar el nuevo pastor, el señor Gruffydd, que acababa de llegar al pueblo de la Universidad de Cardiff. Era la primera vez que yo le veía. Era un hombre alto, fuerte, arrogante, muy viril, con unos ojos claros, grandes, que miraban dulcemente, pero con una enérgica dulzura y penetraban hasta el fondo de los corazones, como si buscasen en ellos un secreto escondido... Porque el corazón de cada hombre es como una urna sagrada llena de secretos... Así me lo dijo él un día, después, cuando nos hicimos muy amigos...

El señor Gruffydd recó las oraciones acostumbradas y unió en sagrado lazo a los novios, pronunciando unas breves palabras de aliento y de guía para los que iban a entrar en una nueva fase de su vida.

Angharad había mirado fijamente al pastor y sus ojos se cruzaron con los del señor Gruffydd. Las pupilas negras de mi hermana refulgieron con destellos desconocidos hasta entonces; las azules pupilas del pastor parecieron hundirse en más remotas lejanías, en celestes regiones, mientras se elevaban en una muda plegaria a tiempo que los novios, entre las aclamaciones de todo el pueblo, salían de la iglesia cogidos del brazo y se encaminaban hacia casa.

Como es costumbre, todos les arrojaban puñados de arroz como símbolo de prosperidad para el nuevo hogar. Angharad, que iba del brazo de uno de mis hermanos, reía satisfecha de lucir también ella en el cortejo nupcial ya como una señorita, con sus ropas de muchacha mayor; pero de pronto, sintiendo que tal vez iba ella una verdadera lluvia de arroz, se volvió un poco altada para amenazar al atrevido... Su rostro se transfiguró al ver que había sido el pastor quien le lanzara aquel puñado de arroz significativa, y sus mejillas se cubrieron de purpura y sus pupilas brillaron de nuevo con aquella luz con que habían brillado

en la iglesia, al cruzarse con la mirada del pastor.

En casa estaba preparado el banquete nupcial, al que estaba invitado todo el pueblo.

Se comió y se bebió abundantemente. Mi padre era pródigo en las grandes fiestas, y allí no se negó nada a nadie. Comieron cuanto quisieron y los vasos de cerveza se llenaban muchas veces aun antes de ser por completo vaciados. Los platos se sucedían unos a otros y sólo en aquel día no hubo silencio en torno a la mesa, sino la mayor algarabía de voces y gritos de júbilo que mis padres corraban con grandes risotadas. Mi padre bebió también lo suyo. Gustaba, en días de gran acontecimiento, de hacer alarde de su fortaleza y de su temple. Siendo un hombre sobrio hasta el extremo en su vida cotidiana, arrojaba todos los desafíos de los que estaban más avaros que él a la bebida, y puedo decir que jamás le vi perder su cabeza por el exceso del alcohol.

El enorme pastel de boda fué sacado de la cocina por varios hombres, uno de ellos dió un traspié y el pastel se vino al suelo con sus portadores, lo que levantó gritos de espanto, que se convirtieron en risotadas de júbilo cuando vieron que el pastel volvía a alzarse de nuevo por encima de todas las cabezas.

Ya mediada la tarde, los hombres apostaron a cuál caminaría más recto por una línea trazada con tiza en el suelo, para probar cada uno la fortaleza de su temple para la bebida. Y el que se acercó más al premio, fué mi padre, pero tampoco pudo recorrer, sin perder el equilibrio, toda la línea, mientras cantaba, coreando por todos los amigos:

*Yo soy un hombre que no se emborracha.
Por mucho que beba yo sigo mi marcha,
por mucho que beba, y mucho he bebido,
yo sigo mi línea sereno y tranquilo
¡ Tran... qui... lo... !*

Y con una graciosa pirueta se apostó de la raya, entre el coro de risotadas de todos los presentes.

La presencia del nuevo pastor impuso a todos silencio y respeto. Nadie le esperaba. Nadie le conocía aún para saber cómo podría interpretar aquel jergón tan en consonancia con las costumbres del valle. Hubo un momento de suspensión; pero el pastor lo superó con su amabilidad y su camperchana franqueza, cogiendo él mismo un vaso de cerveza y apurándolo hasta el final, después de haberlo alzado sobre su cabest en señal de brindis y uniéndose al coro que cantaba una canción del lugar, cantaba con brío con mi hermano y prorrumpían en ambos en una franca carcajada.

Este gesto simpático rompió el hielo, y la alegría volvió a reinar. El pastor se había conquistado en una instante la simpatía de todos. Recorrió la habitación, habló con unos y otros y miró varias veces a mi hermano Angharad que, desde que él había entrado, estaba serena y como hipnotizada.

Luego se despidió cortésmente, desearde a todos mucha felicidad, y salió a la calle. Angharad le acompañó hasta la puerta, le hizo la más gentil de sus reverencias, y corrió a la ventana de la cocina para mirarle, a través de los cristales, cómo recorría la calle camino de la parroquia, que no estaba distante de nuestra casa, porque en el pueblo todo quedaba cerca.

...

La paz del valle, la frescura de su ambiente, lo jugoso de sus prados, la frondosidad de sus colinas, todo... todo fué desapareciendo bajo el polvo del carbón, el negro carbón que como sombra implacable iba cayendo sobre la apacible bellera del paisaje, lo mismo que sobre los cuerpos de las personas, y, lo que es más doloroso aún, sobre las almas de los hombres que trabajaban en las minas.

Comenzaba a cundir el descontento entre los mineros. Había diferencias entre los trabajadores y los directores de la mina. Los tiempos se ponían difíciles. Sólo los viejos trabajadores, como mi padre, podían aguantar con calma el temporal que se cernía sobre ellos, seguros de que aquello no era más que una tormenta pasajera y que el trabajo volvería a normalizarse en la mina. Pero los jóvenes, los que, como mis hermanos, tenían menos experiencia y más ambiciones, sentían pesar sobre ellos el ambiente enrarecido de la mina y, lo que es peor aún, para ellos el ambiente enrarecido estaba al salir de los poros profundos y de las galerías tenebrosas... El ambiente enrarecido estaba arriba, en las oficinas, allí donde se fraguaban los negocios, donde barajaban las cifras, donde el jornal de los obreros estaba en entredicho, donde se trataba de poner freno a aquella avalancha de hombres sin trabajo venidos de otros lugares mineros y que depre-

ciaban, por exceso, la mano de obra de los habitantes del valle.

Mi padre era el capataz más entero y mejor dotado de toda la falange de trabajadores que a diario tragaba la mina en su seno. Y era en él en quien todos los mineros tenían puesta su confianza. Él no entendía de reivindicaciones, ni de derechos adquiridos, ni de afanes sociales. Él sólo comprendía el cumplimiento estricto del deber, aquel cumplimiento del deber que nos inculcó a todos y en el que él vivió siempre, como única norma segura para marchar por esta vida hacia la eterna, que es nuestra único fin.

Aquella tarde, fin de semana, al salir de la mina, los mineros se encontraron ante la desagradable sorpresa de que les había sido rehejado el jornal. Hubo murmullos de desaprobación, rostros hoscos que miraban con ira hacia el lugar de donde había venido la orden. Gestos descontentos y amenazadores. Sólo mi padre no mostró la menor inquietud y dio las órdenes precisas:

—¡Ivor!...—ordenó a mi hermano mayor—, busca a Del Griffiths y a Idris John y díles que vengán al despacho del señor Evans.

El señor Evans era el dueño de las minas y quien las explotaba directamente.

Mis hermanos eran de la nueva generación y no estaban en absoluto confor-

mes con las ideas de mi padre. Se adelantaron a él y tanto preguntó a mi padre:

—¿Vamos también nosotros contigo?

—No—contestó mi padre rotundamente— Este asunto es para los mayores; marchaos con vuestra madre y decid que me prepare la comida.

—Pero, —quiso argüir Davy.

—He dicho que no... Vamos, id a casa como os ordena.

Aquel día no se alzó la canción que cantaban los mineros al salir del trabajo. Volvían a sus hogares taciturnos y severos. Sus cabezas miraban al suelo, tristes y recelosas y, al pasar ante nuestra casa, lanzaban hacia ella miradas hostiles.

Mis hermanos no pasaron de la sala de estar, esperando a mi padre. También ellos tenían el rostro contraído por una preocupación que no sabían ocultar. Se habían quedado con la caja en la mano y con toda la seriedad de la mina sobre ellos, como si no quisieran limpiarse ya más de aquel carbón que les ennegrecía el alma.

Cuando llegó mi padre les miró severamente y les preguntó:

—¿Por qué estáis todavía sin lavar?

—Te esperábamos, padre—dijo Ianto, con voz grave, como si con aquella réplica quisiera preguntar a mi padre todo lo que éste callaba.

Mi padre dijo a mi madre, que apareció, conciliadora, en aquel momento:

—Sólo rebajan algunos chelines... Poco es, pero queda algo para nosotros... ¿Qué tal esa cena? ¿Está caliente? Nos han prometido que todo se arreglará en seguida.

Mi madre se alejó hacia la cocina y Ianto se atrevió a decir:

—Padre, ¿puedo hablaste de una cosa?

—Sí—afirmó mi padre, que acaso ahora se daba cuenta por primera vez de que sus hijos eran ya unos verdaderos hombres.

—¿No te han dicho la verdadera razón de la rebaja de jornal?—preguntó Ianto.

—La esperábamos hace ya algunos días—se atrevió a decir Davy— La esperábamos desde que se cerraron las fundiciones de Dewlais.

—¿Y qué tienen que ver las fundiciones con nosotros?—preguntó mi padre, violentándose para no mostrarse enojado.

—Sabrán obreros y el carbón tiene menos salida sin el consumo de las fundiciones. Por eso han rebajado los jornales—explicó Ianto.

—Y esto es solamente el principio —añadió Gwen, tomando aliento al ver que mi padre daba beligerancia a los demás para exponer su opinión— Verás después... no tardarán en despedir más gente... y entonces reducirán también los jornales, como siempre...

—¿Tonterías? Un buen operario siempre tendrá trabajo y le pagarán bien —afirmó mi padre, con sus viejas vendas.

—Sí, pero se ofrecerán tres hombres para cada trabajo y siempre habrá uno de los tres que trabajará por menos precio que los otros dos—dijo Ianto, poniéndose en la realidad.

Hasta mi hermano Gwilym se atrevió a opinar:

—Y cuando se ofrezcan jornales de miseria, seremos todos, los buenos y los malos, los que tendremos que trabajar por ese jornal mínimo e irrisorio...

Mi padre se mostró inflexible.

—Nosotros nos debemos a la obediencia de quien nos da de comer—dijo, con su dulzura de hombre de bien, incapaz de hacer daño a nadie y seguro de que

nadie le podía hacer nunca daño a él.

—Sí, les debemos obediencia, siempre y cuando sean hombres y no brutas... y nos respeten como hombres—gritó tanto, que era el que tenía más clara idea de lo que estaba sucediendo en todo el núcleo de obreros mineros.

—¡Calla!—gritó mi padre, que no podía soportar aquellas ideas.

—Defiendo nuestros intereses como ellos defienden los suyos—siguió tanto.

Mi padre guardó unos momentos de silencio y luego dijo, con segura sumisión:

—Remediarémos estos males... estableciendo turnos... así habrá trabajo para todos: todos tenemos derecho a vivir.

—Al establecer turnos se rebajarán los jornales... A menos trabajo, menos salario.

—¿Queréis callar!—suplicó mi padre en tono autoritario.—¡Nunca creí ver aquí, en mi casa, cosas tan egoístas!

—Ni tan justas—afirmó tanto, que tenía la misma energía de carácter que mi padre.

—Ya era hora de que nos reivindicáramos—dijo Owen.

—Hasta hoy sólo fueron ellas... ¡Hoy nos toca a nosotros!

—No se hable más de este asunto—ordenó mi padre.—Vámonos a comer, que nuestra madre está esperando.

Comenzamos a comer en silencio, como era nuestra costumbre, pero se notaba que mis hermanos no estaban conformes con lo que sucedía en la mina y que tenían ganas de seguir hablando del asunto. Gwilyn insistió:

—Padre tiene razón en...

—¡Silencio!—exclamó mi padre, viendo que la discusión tomaba mal cariz.

Empezamos a comer de nuevo, pero que habíamos quedado en suspenso unos

momentos. El silencio se hacía aquel día pesado. La atmósfera de nuestra casa no era la habitual. A media comida, Owen se levantó decidido y dijo en tono claro y severo:

—¿Crees que voy a tolerar que tengan a nuestro padre como enemigo de los obreros, sin hacer nada para evitar que continúen esos rumores?

Mi madre se impacientaba en torno a la mesa, nos comía con los ojos a todos para infundirnos el máximo respeto hacia nuestro padre, horrorizada de las libertades que mis hermanos se tomaban hacia quien era la encarnación viva de la autoridad. Al ver tan exaltados los ánimos, se limitó a indicar a Davy que se callara, viendo que también éste tenía la intención de hablar.

—¿Quién se dio permiso para hablar?—preguntó mi padre, con marcada impaciencia.

Es demasiado importante el asunto, padre, para callarlo; es inútil que te opongas, no consentiremos ni la rebaja del jornal ni los turnos en el trabajo.

—Que sepa yo quien se atreve a eso—enmurmuró mi padre, a quien la discusión se le hacía insostenible, tanto por tratarse del asunto de que se trataba, como por el atrevimiento y osadía de sus hijos.

Pero la emoción y el fuego que ardían en el corazón de Davy no podrían apagarse con facilidad, y, con terquedad inusitada, dijo a sus hermanos:

—Pues debemos hacer algo para vencerle, para que sea de los nuestros, para que nos preste su valiosa ayuda.

—Sólo hay una solución... ¡la fuerza contra todos ellos!—dijo tanto; y Davy le aprobó con toda su alma.

Gwilyn, el más pequeño de mis hermanos, pero que no quedaba a la zaga

en terquedad de ideas, dijo a mi padre:

—Las capataces están todos convencidos... Sólo faltas tú.

—No contés conmigo para vuestras manejas; no quiero que me recuerdes la conciencia algún día.

—¡Padre!—suplicó tanto—. Les he dicho que te convenceré y que lo arreglaremos de la mejor manera. ¿Qué dirán ahora los demás? Te mirarán como a un enemigo y todos sufriremos las consecuencias de tu obstinación.

—Os portáis de una manera incomprensible—intervino mi madre con energía—. Más os vale comer y callar.

Mi padre dulcificó la voz y la miró para dirigirla a mi madre y le rogó que los dejara, pues ya estaba cuando de aquel continuo interrumpir la comida.

Pero... ¿todo inútil? Mis hermanos estaban convencidos de su propia idea y hacerles callar en aquellos momentos era empresa imposible. Davy quiso reanudar la conversación:

—Pero, padre...

Y mi padre cortó la frase de un modo tajante y que no admitía réplica:

—¡Callad, he dicho!

Angharad había permanecido callada durante todo el tiempo. Por nada del mundo se hubiera atrevido a inmiscuirse en asuntos que no entendía, ni mucho menos tratándose como se trataba de combatir la opinión de mi padre, hasta entonces sagrada para todos. Pero nos quedaba tanta a todos, que fue ese cariño el que le hizo levantar la voz para interceder con una sola palabra de súplica:

—¡Padre!

La intromisión de Angharad no pareció bien a nuestra madre, que la miró severa y le dijo, empujándola hacia la cocina:

—Anda a lo tuyo, inmensa... No son estas cosas para mujeres.

Angharad bajó los ojos, aquellos ojos suyos tan bellos y profundos, que sabían mirar tan bien y que eran para nosotros ojos llenos de mansedumbre y de bondad, y fue a cumplir la orden de su madre.

Owen se puso en pie de nuevo y, con valentía, dijo:

—Yo no me callaré... Escóchame, padre.

—¡Calla!—No se le había dado permiso para hablar en la mesa y no consentiré más faltas de respeto. Soy el único en esta casa que tiene derecho a dominar a los demás, porque la experiencia me ha enseñado a saber plenamente lo que está bien y lo que está mal.

—Pues yo, con tu permiso o sin él, voy a hablar de algo que es justo—añadió Owen.

—En esta casa, no—afirmó mi padre.

—En esta casa o fuera de ella—aseguró Owen, que estaba decidido a llevar hasta el fin la conversación.

¡Vete de la mesa!—gritó mi padre con energía.

—Y también de la casa—aseguró Owen, disponiéndose a salir de la habitación.

—Owen... pide perdón a tu padre.

—No... no lo haré—replicó Owen, resuelto a abandonar el hogar paterno.

—Me voy contigo—dijo simplemente Gwilyn—. Nos iremos a vivir a otra parte.

—¡Gwilyn!—suspiró mi madre en un sollozo contenido.

Mis cuatro hermanos estaban en pie, dispuestos a partir. En sus rostros se reflejaba una resolución irrevocable. Con una larga mirada les contempló mi padre, severo, pero justo; sin rencor, pero dispuesto a no transigir.

—¡Oí vais todos...!—suspiró, hincando el tenedor y el cuchillo en el pedazo de carne que tenía en su plato con un gesto un poco duro.— Por última vez... cenamos y comed... No diré nada más...

No se trata ahora de discutir su autoridad, padre—dijo Iano—. Y aunque la buena educación nos obligue a callar... en este caso preferimos decir la verdad.

—Coged vuestras cosas e idos...—murmuró mi padre, sin levantar los ojos del plato.

La decisión de mis hermanos le producía un gran abatimiento, que se reflejaba en toda su cuerpo. Los trabajos pesados de muchos años no le habían dejado casi huella... En cambio, el desengaño de sus hijos le había envejecido en un momento.

Todos mis hermanos, en silencio, salieron del comedor, del ahogara, de aquella habitación que sin ellos quedaba casi vacía, y, uno tras otro, salieron por la puerta de la calle.

—Yo me voy con ellos... Debo cuidarlos...—dijo Angharad, disponiéndose a seguirlos.

—¡Cállate y anda a tus platos!—ordenó mi madre, que no había opuesto objeción alguna a la determinación de su marido. En aquella casa, él era quien mandaba, quien tenía poder y quien siempre, indiscutiblemente, tenía la razón: era el amo y el cerebro del hogar. Ella

era la primera en mostrarle la más resuelta sumisión.

Yo, como era natural y muy propio de un niño de mi edad, estuve todo el rato que duró la comida calladito y quieto. En mi interior censuraba de todo corazón el comportamiento rebelde de mis hermanos; lo consideraba como un acto tan malo que mi penetración de niño y mi sensibilidad de hijo no llegaban a comprender. Además, era tal la admiración que por mi padre sentía y tan enmorado estaba de sus cualidades, que mi corazón sangraba de pena por lo que pasaba en el corazón de mi padre, que yo presentía sin acallar de comprenderlo.

Nos quedamos él y yo, solos en la mesa. Mi madre y mi hermana trajinaban en la cocina. Mis cuatro hermanos habían salido... ¡acaso para siempre! Mi padre seguía comiendo, taciturno y silencioso. Quería llamarle la atención, demostrarle en aquel momento lo que yo sentía, asegurarle que yo estaba a su lado para quererle tanto como todos mis hermanos juntos; pero no sabía cómo hacerlo... No se me ocurrió mejor idea que hacer ruido con mis cubiertos, para despertar a mi padre de su abstracción y lograr que reparara en mí.

Sin alzar la cabeza, me dijo, sonriendo tristemente:

—Sí, hijo mío... Ya sé que estás ahí...

Y así pude terminar de comer, contento de que mi presencia pudiese aliviar a mi padre.

...

Empeoraba día a día la situación en la mina. Los obreros se habían sometido a la rebaja de jornales; habían tenido que aceptar los tutos en el trabajo; y cuando el descontento entre todos, porque nada hay más doloroso y más triste que verse forzado a vivir con un jornal míserimo, que no llega a cubrir las más perentorias necesidades, después de sobrellevar la fatiga de un trabajo penoso y duro como es el de las minas.

Todavía las cosas fueron peor. Lo recuerdo como si ante mi vista surgiera de nuevo el cuadro.

Una tarde salieron los obreros de la mina con el rostro más taciturno que de costumbre. No solamente no alzaban al aire sus voces en aquellos cantos que habían hecho famoso el valle, sino que ni tan siquiera hablaban entre ellos. Marchaban silenciosos y obscuros, con la cabeza caída, con un paso sin precipitación, como si ya todo hubiera acabado para ellos; como si hubieran perdido hasta la última esperanza.

El trabajo había cesado en la mina.

El pastor, el señor Gruffydd, miraba, desde la puerta de su casa, el desfile tétrico de los mineros. Yo me acerqué a él, asustado por aquello que no acababa de comprender, triste porque aquella tarde mis hermanos habían pasado junto a mí sin gastarme ninguna de sus bromas, sin darme una palmada en el rostro, sin decirme alguna de sus frases de cariño

que a mí me daban aliento y me ilusionaban como un premio inaspechado.

—¿Qué es lo que ha pasado, señor Gruffydd?—le pregunté, mirándole a los ojos con angustia.

El me acarició la cabeza, alzó su mirada al cielo y suspiró quedamente:

—Algo grave, hijo... Aprenderéis a conocer en el valle la miseria, el hambre... Anda, vete a casa, muchacho; quizá te necesiten.

Corrí a casa y vi llegar a mi padre con el mismo gesto de triste abatimiento que había visto en los demás mineros; sólo que en él era un abatimiento resignado y discreto, mientras en los otros era huraña y amenazador. Mi padre sabía que el hombre está sometido a las leyes divinas que rigen su destino y que debe someterse a ellas sin rebeldía, sin pesar. Y él aceptaba lo que Aquel que todo lo puede se servía disponer, seguro de que la Justicia eterna conocía bien cada uno de los pasos que daba.

Aquella noche cenamos más silenciosos que de costumbre. Desde que mis cuatro hermanos faltaban de la casa, había en torno a la mesa la melancolía de su ausencia. Mi madre y Angharad consumían en silencio su pena. Y mi padre la aceptaba con la resignación del justo, como aceptaba el todas las dolores de la vida.

Veintidós semanas duró el paro. Veintidós semanas durante las cuales el hambre hincó su diente desquadrado en todos

los estómagos... Y llegó el invierno, y el frío hizo aún más dura aquella situación. Causaba extrañeza salir a la calle y ver en ella a los trabajadores en pleno día. En el pueblo no estábamos acostumbrados a ver a los hombres durante el día, porque todos estaban en el corteo de las minas, trabajando. Sólo cuando el sol se ponía en el horizonte y sonaba la sirena de la mina, el enjambre de obreros se diseminaba por las calles, invadía la taberna, llenaba el aire de cantos, de riotas y de alegría al reunirse a las esposas, a los hijitos, a las novias... Ahora todo había cambiado. Daba un poco de miedo andar por las calles entre aquellos hombres taciturnos, que apenas osaban mirar... Los pobres se volvían locos a medida que la comida escaseaba y que el tiempo iba pasando sin esperanzas de mejorar la situación... y la desesperación comenzaba a vencer a la razón... Para los mineros, todo aquel que no era su amigo era su enemigo; todo el que no estaba con ellos estaba contra ellos... Y culpaban del paro a mi padre, por no haberse podido convencer como los demás tapataces...

Yo iba de un lado a otro, sin rumbo y sin objeto... Pero tenía la sensación de que algo se tramaba entre los mineros, porque les veía muchas veces reunidos en grupos, hablando y discutiendo, y se callaban cuando yo me acercaba a alguno de aquellos grupos.

Un día arrojaron una piedra contra nuestra casa, que rompió un cristal del cuarto de estar, no hiriendo por casualidad a mi padre, y mis hermanos, enterados de lo ocurrido, tuvieron que impedir, con los puños, una nueva agresión.

Una tarde al llegar a mi casa a la puesta del sol, mi madre salió a mi encuentro y me preguntó a quemadropa:

—Huw... ¿se reúnen en el monte esta noche, verdad?

—Sí, mamá—repliqué yo, viendo que también ella estaba al corriente de los manejos de los mineros.

—¿Quieres llevarme allí?

—No... no, mamá... ¡No se admite a las mujeres!—exclamé yo, un poco asustado.

—Pues esta mujer irá allí esta noche... ¡y me van a oír!—aseguró mi madre, con un gesto resuelto, de heroína, dispuesta a llevar a cabo una empresa que en mi imaginación de niño estimaba casi imposible.

Llegada la noche, salimos de casa sin que lo supiera mi padre. Había oscurecido y la nieve se atremolinaba en torno nuestra, arrojándonos el rostro con helados alfilerazos.

Mi madre se puso sobre la cabeza un gran pañolón de lana, me cogió de la mano y valientemente fuimos hasta el bosque, orientadas por las luces oscilantes de las antorchas con las que se iluminaban los obreros.

Eran algunas docenas los que estaban allí reunidos, hablando todos a un tiempo, discutiendo acaloradamente. Y el nombre de mi padre era el que truían y llevaban todas las bocas, con acentos amenazadores unas veces e insultantes otras.

Mi madre se agachó ante ellos en un montículo, y, alzando en voz por encima del tumulto humano y del fragor del viento entre las ramas de los árboles cargados de escarcha, les ategó:

—¡Esperad!... ¡Silencio!... ¡Tenéis que oírme!... Soy Beth Morgan, y todos me conocéis bien...

Se hizo un profundo silencio en torno a mi madre. Los mineros escucharon admirados del valor de aquella mujer que

venía a enfrentarse con ellos, desafiando las iras de la naturaleza: la ira de la tormenta que se desencadenaba en el bosque lo mismo que en las almas de los trabajadores.

—He venido a deciros lo que pienso de vosotros—siguió mi madre, tras un breve silencio—. Y he venido, porque sé que vais a hablar contra mi marido... ¿Sois unos cobardes al atacarle!... El no haría nunca nada contra vosotros... lo sabéis perfectamente... ¿Cómo suponéis que la culpa de lo que pasa es suya? Si se opuso a vuestros planes, fué por defender el pan de otros pobres trabajadores... Para que otros no sufrieran lo que ahora estamos sufriendo nosotros... ¿el hambre! Insistir en vuestra actitud contra mi marido, es una maldad... Y quiero advertiros una cosa... ¡Recordadla bien!... Si algo le pasa a mi Gwilyn, buscaré al culpable... y le arrancaré la vida con mis propias manos... ¿Ya lo sabéis? ¡Estoy dispuesta a defender a mi marido contra todos y contra todos!

Nunca había oído hablar a mi madre con tal energía y tal decisión. Era la hembra que defendía a su macho acostado por la jauría... ¡No! Era la mujer, la mujer verdad, la mujer de cuerpo entero, que defende, porque conoce lo que vale, al que es su apoyo, su ayuda, la mitad de su ser, su razón de vivir, el alma de su vida, y, sobre todo y ante todo, el padre de sus hijos...

Así habló mi madre y así la escucharon con respeto y veneración todos cuantos se habían reunido en el bosque para atentar contra mi padre.

Sin añadir palabra bajó, apoyándose en mi hombro, de aquella tribuna improvisada que ella se había hecho, y emprendimos el camino de regreso.

La nieve, helada por el vendaval que

cada vez rugía con más furia, se hacía resbaladiza a nuestros pies. Marchábamos casi regados por la furia del huracán que nos atrojaba al rostro la nieve en remolinos y, de pronto, mi madre perdió pie y cayó, arrastrándose a mí en la caída, en una hondonada llena de agua.

—¡Auxilio...! ¡Auxilio...! ¡Auxilio! —grité yo con toda la fuerza de mis pulmones, agarrándome fuertemente a la rama de un árbol, para poder sostener mejor el cuerpo pesado de mi madre.

El más profundo silencio respondió a mis gritos, y volví a repetir una y otra vez mi súplica:

—¡Auxilio...! ¡Auxilio...! ¡Auxilio...! El eco devolvía mi voz. Grité, con aquel grito peculiar con que nos saludábamos mi hermana y yo, cuando andábamos por el bosque y nos alejábamos mucho uno de otro. Y luego llamé a mi hermano mayor, con un rugido de mi garganta que el frío comenzaba a atenuar.

—¡Iantcooco...!

Y esta vez no fué el eco el que devolvió mi voz, sino que escuché distintamente la voz de mi hermano que me contestaba:

—¡Huw...!

—Mamá... ¡vulor... nqo han oído...! ¡Animo, mamá... ya vienen...! ¡Ya vienen...!

Seguí gritando para orientar a los hombres. Llegaron hasta nosotros, con sus antorchas en la mano, y fueron mis hermanos los que, tras denodados esfuerzos, consiguieron sacarnos del agua helada, arrancándonos materialmente de las garras de una muerte segura, porque los bloques de hielo nos iban aprisionando el cuerpo y el frío nos iba dejando

los miembros dormidos en la insensibilidad de la muerte...

Cuando desperté del largo letargo en que estuve sumido, me encontré en mi cama, colocada junto a la ventana, desde la que se descubría toda la belleza del valle que se extendía ante mí... Era del lado que el polvo del carbón no había invadido todavía... ¡Estaba tan verde y tan bello!

El médico que había venido a visitarnos a mi madre y a mí, se despedía de mi padre, mientras Bron, la esposa de Ivor, estaba en pie a mi lado, mirándome con sus ojos azules; tan azules como el cielo pálido de aquella mañana invernal.

—¡Ah... ah! — exclamó el médico, poniéndose su gabán y bebiendo algo para entonarse—. Saldrá de ésta, pero no me expliques cómo ha sido posible... ¡Sus hijos son fuertes como caballos, señor Morgan! Ese muchacho debería estar a estas horas en el cementerio.

—Es un Morgan..., ¿no es cierto?— preguntó mi padre, con orgullo de raza.

—Sí, sí... Ahora hay que alimentarle, señora Ivor... y alegrarle continuamente —recomendó el médico a Bron, que me sonrió al escuchar aquellas palabras.

El doctor examinó en un santiamén la garganta de Angharad, comprobó que estaba perfectamente y salió de la casa, encontrándose fuera con el señor Grottydd, nuestro Pastor.

—Un momento, doctor... ¿Cuándo estará bien Haw? — oí que le preguntaba.

—Es difícil decirlo... Se le habían helado las piernas a ese pobre pequeño... Un año... quizá dos... ¿Quién sabe!... Pero no puedo prometer que consiga volver a andar... La naturaleza ha de hacer su obra... ¡ya veremos!

Bron, ¡pobrecilla!, comprendió que yo

había oído aquellas palabras, y salió precipitadamente a imponer silencio al locuaz y nervioso doctor.

Me quedé sumido en el más profundo desaliento por lo que acababa de escuchar, y así me encontró el Pastor cuando entró a verme.

El señor Grottydd se acercó a mí y, mirándome fijamente con aquellos sus ojos llenos de luz y de amor, con aquellas pupilas que parecían llegar hasta el fondo de las conciencias y que tenían un sé qué de subyugador y de irresistible, como si ellas solas consiguieran dar ánimos y fortaleza al más débil, me preguntó, sonriéndome:

—¿Qué se ha hecho de aquella luz que creí ver en tus ojos, muchacho? ¿Tienes miedo?... ¿Oíste lo que dijo el doctor?

—Sí — contesté ya, más con el gesto que con la voz.

—Entonces debes tener fe... Y si tienes fe volverás a andar, digan lo que digan los médicos — me aseguró el Pastor con una convicción que me impresionó.

—Pero dijo que la naturaleza tenía que hacer su obra... y que él no podía asegurar si volvería a andar o no... — dije yo, lloroso, sintiendo toda la tragedia de aquel augurio.

—La naturaleza está al servicio del Señor. El puede, según su voluntad, hacer que las fuerzas cambien su curso... ¿Has leído la Biblia, hijo mío? — me preguntó, sentándose en el borde de mi cama y acariciándome con su mano grande, fuerte, viril, que tenía el poder de mitigar todas las angustias y todos los dolores.

—Sí, señor — contesté.

Hey, a través de los años, de la distancia y de los acontecimientos, pienso que aquel hombre no podía ser en la

vida nada más que Pastor de almas, porque llevaba dentro de él la Gracia... esa Gracia que sólo Dios puede entregar a sus favoritos y elegidos.

—Pues si has leído la Biblia — continuó en aquel tono dulce con que hablaba siempre y que parecía hacerse aún más tierno cuando se dirigía a mí—, ya sabes que lo que Él pudo hacer otras veces, lo puede hacer ahora por ti... ¿No quieres creerme, Huw?

—Sí, señor...

—¿Te gustaría recorrer esas colinas cuando broten los primeros narcisos?

—¡Claro que me gustaría! — aseguré yo, dejándome llevar por aquel rayo de esperanza que el Pastor encendía en mi alma.

—Vendrás conmigo a coger los primeros narcisos esta primavera — me aseguré.

Luego, mostrándome un libro que me había traído, me dijo sonriente:

—A mí así me gustaría estar en tu lugar... si de ese modo pudiera leer este libro por primera vez...

«La Isla del Tesoro» — dije yo, leyendo su título.

El señor Gruffydd hojeó el libro conmigo y pude ver cómo sus ojos se levantaban más de una vez de sus páginas para mirar a mi hermana Angharad que iba de un lado a otro poniendo orden en toda la habitación.

Cuando se marchó, Angharad salió a despedirle. Llevaba su gran delantal blanco abrochado con un lazo enorme en la cintura. Aquel delantal le daba la apariencia de una paloma, porque mi hermana Angharad tenía movimientos suaves, andar ligero, grácil figura, y sus maneras eran tan sencillas y encantadoras que comprendo que los hombres la miraran como solían mirarla. Como la miraba ahora el Pastor Gruffydd...

Angharad salió a la calle con él y le dijo, con su deliciosa timidez y su natural encanto:

—No quiero que se vaya sin darte las gracias.

—Cumplí con mi deber — replicó el Pastor, sencillamente.

—No... Fue algo más que un deber... —dijo Angharad, mirando con sus negras pupilas las pupilas azules del Pastor.

—Sí... Huw es un buen muchacho... Me gusta mucho vuestra familia... —murmuró el señor Gruffydd, balbuceando las palabras, como si alguna emoción desconocida le turbara.

Luego, reaccionando, añadió:

—Es mejor que vuelvas dentro... Puedes enfriarte... pequeña...

—Sí... ¿Querrá venir a comer con nosotros? — preguntó Angharad, que acaso en su perspicacia femenina adivinara ya bien lo que pasaba por el alma del Pastor.

—Sí... otro día... cuando hayáis acabado con doctores y medicinas — replicó él, evadiendo compromiso alguna.

—Los echaremos en seguida — rió Angharad, que volvió a entrar en la casa, después de haber estrechado la mano del señor Gruffydd.

Bron me estaba leyendo el prólogo de la «Isla del Tesoro», que el Pastor me había regalado.

«El juez y el doctor y todos los demás caballeros me han rogado que escriba todo lo referente a la Isla del Tesoro», leía Bron, y miraba de soslayo a Angharad que había entrado con el rostro radiante y había corrido a la ventana para seguir con sus ojos la silueta del señor Gruffydd que se destacaba en el horizonte del atardecer con toda la fuerza viril de su cuerpo atlético y flexible de hombre sano, mientras marchaba hacia su casa.

El Pastor me regaló, no sólo aquel libro, sino otros muchos, todos ellos adecuados a mi edad y de autores clásicos ingleses, que me dieron muy buenas enseñanzas y me hicieron pasar horas muy felices durante aquellos largos meses de forzada inacción.

Desde entonces han vivido en mis recuerdos todos aquellos libros... Yo continuaba esperando, y tenía fe, como me decía el Pastor. Durante los primeros meses de mi enfermedad, mi madre estaba arriba, en cama también, y nos hablábamos por medio de señales, con unos bastones, ella con el suyo golpeaba el suelo y yo con el mío en el techo y nos decíamos con ellos, muchas, muchas cosas que nuestros corazones entendían muy bien.

Y así pasó todo el largo invierno, con las visitas del señor Gruffydd, las conversaciones con mi madre por medio de aquel raro sistema, y la lectura de aquellos maravillosos libros de aventuras que llenaban de fantasías mi juvenil imaginación.

Una mañana se paró ante mi ventana abierta ya a los rayos benéficos del sol, una pareja de pajarillos que picotearon el alféizar, brincarón unos momentos sobre él y luego emprendieron el vuelo a través del espacio nítido.

—¡Abril! — pregunté a Bron, que me miraba sonriente, junto con Angharad, deteniéndose un momento las dos en la

limpieza de la casa, al verme contemplar con ilusido el esplendente sol de aquel día.

—Sí. Abril — replicó con alegría.

Y me hizo notar que encima de mi cabeza, en el cuarto de mi madre, había otros ruidos que no eran los golpes secos del bastón.

—¿Se levanta ya? — pregunté.

—Sí... ahora bajará a verte.

¡Hacia siete meses que no nos veíamos! La vi llegar sostenida por mi padre, andando penosamente, pero alegre y fuerte como siempre, con aquella alegría sana que sólo consiguen la fortaleza de ánimo y la fe.

Abel mis brazos tendiéndolos a ella. Avanzó sonriéndome, paso a paso, y, al descubrir en mi mirada, fija en ella, cierta dolorosa sorpresa, me dijo:

—Sí... se quedó aquí algo de la nieve que cogimos en el bosque...

—¡Madre...! ¡Madre! — sollocé yo, al verla envejecida y cambiada por su larga enfermedad, ahraándose con alma y vida.

Aquel día parecía que iba a ser el día más dichoso de nuestra vida, el día de los grandes acontecimientos, porque en aquel momento se oían en la calle muchas voces y un grupo de obreros, mujeres y niñas, éstas con alorosos ramos de flores, avanzó hasta el pie de mi ventana, lanzando al aire gritos de júbilo:

—¡Que salga la señora de Morgan...!
¡Que salga! — gritaban, sin cesar.

Siempre apoyada en mi padre, salió a la puerta de la casa mi pobre madre y miró estupefacta a los que la aclamaban, mientras le decía a mi padre, para disimular su emoción:

—¡Gwilyn... vaya una mujer que tienes! Se queda en la cama y deja a los extraños que cuiden de su familia...

—¡Sí... vaya una mujer que tengo! — exclamó mi padre con una gran ternura, mirándola con ojos comovidos.

Y ella, para quitar emoción a la escena, pero mucho más emocionada de lo que quería demostrar, le replicó:

—¡Bah... que no somos ya unos muchachos, Gwilyn!

Mi madre les miraba a todos, y su corazón estaba inundado de agradecimiento, pero no podía pronunciar una palabra. ¡Tan grande era su emoción! Y ésta llegó a su más alto grado al ver regresar al hogar a los cuatro hijos ausentes tanto tiempo de él.

—Vamos, madre... ¿no quieres hablarles hoy? — le preguntó Ivor, que capitaneaba el grupo, del que buen número de hombres formaban parte del Coro que él dirigía.

Mamá reía y reía nerviosamente el borde de su paño limpio delantal, pero no desplegaba los labios.

—Vamos, di algo, mujer — insistió mi padre, que estaba tan emocionado como ella.

—¡Qué queréis que diga?... — preguntó mi madre, ruborosa, torhada como una colegiala.

—Dijiste muchas cosas la última vez que les hablaste... ¡Ahora que son amigos te será más fácil, mujer!

¡Ah, no, cuán distinto era todo! Entonces defendía sus derechos, defendía a

su marido, defendía la paz de su hogar; quería salvar a toda costa lo que le era más caro y más estimado... y por eso estuvo inspirada y supo arrebatárselos a todos con su acérriga. Pero ahora... ahora... ¿qué podía ella decir, pobre mujer del pueblo, inculta, ignorante, que no conocía nada de las leyes ni de las condiciones del trabajo, ni de nada de todas aquellas cosas que se habían discutido en el valle?

Llorosa y risueña a la vez, tendió los brazos a todos los que venían a saludarla, y les dijo:

—¡Venid todos a mi casa...!

Como el día de la boda de mi hermano Ivor, la casa se invadió de gente y hubo cerveza y tabaco para todos, porque mis padres eran generosos y no regateaban su hospitalidad a nadie, cuando se trataba de celebrar alguno de aquellos trascendentales acontecimientos de la vida.

Mis cuatro hermanos habían entrado ya. Uno tras otro, después de haber pasado a mi madre, entraron en la casa que habían abandonado por su propia voluntad y que jamás les había cerrado sus puertas; en la casa que les había estado esperando hora tras hora, día tras día, con el cariño de una madre que sufría en silencio su ausencia y de un padre que esperaba con rectitud su regreso.

Así se repartía el tabaco, mientras Ivor y Davy escanciaban la cerveza. Todos estaban contentos. Todos reían al empuñar los vasos y levantarlos para brindar por la salud de mi madre.

—¡Ante... te he visto poco por mi capilla estos días... — dijo, con su voz silbante, Parry, el ayudante de la parroquia, un hombre pequeño, lleno de ma-

las intenciones, a quien muchos temían y muy pocos respetaban.

—Estuve muy ocupado — replicó Ianto, evadiendo una respuesta más concreta.

—¿En asuntos de quién, Ianto...? — insistió Parry, con toda la maldad de su alma rastrera, mientras bebía en el plato, groseramente, el te, que iba vertiendo en el pazo enfriarlo.

—Míos — contestó secamente mi hermano.

—Te he hecho una pregunta con educación...

—Y con educación le contesto... Estoy ocupado con la caja de resistencia — explicó Ianto.

—Esas cajas son obra del diablo... Nada bueno hay en ellas — afirmó Parry, que no era partidario de los movimientos obreros.

—Entonces... será mejor dedicarse a murmurar en su capilla — replicó mi hermano.

—¿Qué dices? — gritó Parry, fingiéndose más ofendido de lo que estaba.

—Déjémoslo ya... o diré algo que no me gustaría decir — murmuró Ianto.

El Pastor Gruffydd se adelantó entonces y preguntó a mi hermano, con voz autoritaria, pero no dura, sino al contrario, con esa autoridad que impone el respeto del que siempre ha obrado de un modo justo y siempre ha seguido el recto camino que le señala la vida:

—Ianto... éste es un asunto que hay que aclarar... ¿Por qué dices que en mi capilla se murmura?

—Mis palabras no iban dirigidas a usted, señor Gruffydd.

—Pero es mi capilla...

—Muy bien... hablaré... ¿Por qué es habéis convertido en pastores del rebaño si dejáis que vuestras ovejas vivan

sumergidas en la pobreza? — preguntó Ianto, enfrentándose con el Pastor. — ¿No es obligación vuestra tratar de auxiliarlas? ¿Qué deber es el vuestro? Hablarles, o ayudarles a librarse de sus sufrimientos? ¿Siempre igual? ¿No estamos ya cansados de sufrir sin hacer nada por evitarlo? Tenemos un alma y unos sentimientos... ¿no somos botreges?

—¿Ianto! — exclamó mi padre, queriendo imponer silencio al hijo que se atrevía a decir semejantes cosas al Pastor.

El Pastor Gruffydd se irguió en todo lo alto que era y su estatura dominó a todos los presentes, imponiéndoles con su gesto silencio.

—No he expresado mi opinión antes, por que no creyese que deseaba inmiscuirme en asuntos familiares — dijo, mirando a mi padre, como el jefe supremo de nuestra casa.

—Le doy permiso para que hable como quiera.

—Muy bien... Entonces, diré lo que pienso, hablaré tal como siento. Ante todo, debéis uniros... lo necesitáis... Sois seis débiles... unidos seréis fuertes... Pero no olvidéis que la fuerza lleva unida la responsabilidad de todos vuestras actas... y que la injusticia no se combate con otra injusticia, sino con la justicia, como manda hacer Dios...

—¿No se apartará usted de su obligación con esos consejos, señor Gruffydd? — murmuró Parry que no estaba en absoluto conforme con el modo de proceder de su colega. — Esa doctrina que usted predica no es espiritual.

—Mi doctrina no es otra que llevar la paz al alma de los desventurados — replicó Gruffydd con calma, con aquella dulce e imponente calma que presidía todos sus actos, como si una luz divina

le alumbrara y dirigiera siempre sus pasos e inspirara todos sus actos y sus palabras.

—Haré llegar a sus superiores sus absurdas teorías — amenazó Parry a quien la envidia volvía aún más perverso.

—Señor Parry... — gritó, amenazador, Ianto.

—¡Es un mentecato! — aseveró Owen.

Mis dos hermanos se abalanzaron sobre Parry, tratando de defender no sólo sus propios intereses, sino al Pastor Gruffydd que se había puesto de su lado en aquel complicado engranaje del trabajo.

Fue mi padre quien imponía orden en la algarabía que se alzó, interponiéndose entre el agredido y sus agresores.

—¡Quietos!... ¡He dicho que quietos! ¡Parry es nuestro huésped!... Vámonos, dadle un vaso de cerveza... — añadió, cuando hubo logrado que cesara la pelea y se restableciera el orden.

Mi madre, que se sentía indignada por las insinuaciones de Parry, reanegó entre dientes:

—Lo que yo le daría es un sustenazo en la cabeza...

Y el Pastor Gruffydd, que la había oído, tuvo que disimular una sonrisa que se dibujó en sus labios.

El jolgorio volvió a reinar en nuestra casa, pero ya el Pastor Gruffydd se había apartado de todo el bullicio y se había acercado a mi hermana Angharad que estaba en la cocina vigilando la lumbre.

—¡Angharad...! — susurró él dulcemente, mirando a aquella criatura cuyo encanto incomparable no podía serle en absoluto indiferente.

—Señor Gruffydd — le dijo Angharad, mirándole con sus grandes ojos llenos de amor —, siempre hemos de estarle

agradecidos... Ahora ha vuelto a poner usted paz en mi familia.

Y como Angharad fuera a arrojar al fuego unos leños, él le tomó de la mano el codo y le dijo, sonriéndola:

—Déjame, yo lo haré...

Angharad vio asombrada cómo el Pastor arreglaba el hogar y colocaba los nuevos leños. Y al incorporarse, después de aquel rudo trabajo, se sacudió las manos llenas de polvo y ceniza.

—¡Oh...! ¡Se ha ensuciado las manos! ¡Qué lástima! — exclamó la muchacha, tomando, inconscientemente, entre las suyas, una de las manos del señor Gruffydd.

—No importa... no te preocupes... es un placer muy grande poderle ayudar en algo.

El contacto de la mano del Pastor tenía en éxtasis a Angharad; detalladamente y como en un sueño, iba grabando en su imaginación todas y cada una de las rayas de esa mano tan querida; díase cuenta de que conservaba la huella de trabajos pesados y duros... ¡Cómo se asemejaba a las de su padre y hermanos!... Y así, con voz dulce, tan dulce como aquellos momentos, le preguntó:

—¿Ha trabajado en las minas alguna vez?

El tardó en contestar. Le absorbía de tal manera el encanto de aquel ángel, que le dolía en el alma romper aquel espiritual idilio. Al fin dijo:

—Diez años, Angharad... tiempo suficiente para conocer todos los aspectos de un oficio, su trabajo, sus angustias, sus ilusiones, sus riesgos y sus derechos. Yo era un estudiante cuando entré, y allí me hice hombre. Comprenderás mi aprecio para los mineros y mi interés hacia todo lo que les atañe.

—Voy a traer jabón, señor Gruffydd —dijo Angharad, corriendo a buscarlo en la fragadera.

Pero Gruffydd la detuvo con su voz:

—No, no te molestes — le replicó, mientras trataba de limpiarse las manos en su pañuelo.

Angharad estaba turbadísima; era tal el amor que en su corazón sentía, tal el ímpetu de la pasión que con avasalladora fuerza se apoderaba de su alma y de todo su ser, que sus ojos negros, magníficos, eran ascuas de fuego que con encantadora insistencia se abandonaban a la paz de cielo de las ojos de su amado Pastor.

—Ha de tener más cuidado con su pañuelo, señor Gruffydd... — le dijo Angharad, sin dejar de mirarle con aquella mirada apasionada de sus ojos ingenuos. —Verá, usted podrá ser rey en su capilla... pero yo soy la reina en mi cocina...

Con un trapo quiso limpiarle las manos de aquel polvillo negro que se había pegado a ellas. Gruffydd retuvo entre las suyas las manos de la chiquilla, y con una voz honda y penetrante, una voz emocionada y contenida, le contestó:

—Tú eres la reina en todas partes.

Angharad quedó admirada, sorprendida... No podía creer lo que había oído. ¿Habría oído mal?... ¿Sería equivocada la interpretación que daba a aquellas significativas palabras? Levantó los ojos

hasta los de él que la miraban desde lo más profundo de sus pupilas azules y tranquilas como las aguas de un lago, y con voz temblorosa, pero ardiente, se dispuso a decir:

—¿Qué quiere decirme?

Mientras ella dudaba él reaccionaba vivamente y se reprochaba su falta de entereza para dominar aquel amor apasionado al que debía renunciar. Así, su réplica a la pregunta de Angharad fue:

—No debía haberlo dicho.

—¿Por qué? — inquirió ella, sin acertar a comprender.

—No puedo hablar así... No tengo derecho... — replicó Gruffydd, saliendo de la cocina y de la casa.

Angharad le siguió hasta la puerta de la calle; le detuvo con un gesto; le miró serenamente, valientemente, con aquella mirada que explicaba claramente todo cuanto pasaba en su corazón y, sonriendo, mostrando el encanto maravilloso de su alma pura y sin repliegues, le dijo:

—Señor Gruffydd... si puedo concederle este derecho... Lo tiene ya...

El Pastor no contestó, no pronunció otra palabra; sus ojos fueron los que hablaron con infinita elocuencia, y siguió su camino tan recto como su vida misma... mientras Angharad, arrebolada, le contemplaba alejarse desde la ventana de la cocina.

El valle volvió a sonreír, el paro había terminado, los hombres estaban contentos; el hambre huía de sus casas, podrían dar a sus hijitos todo el pan que apeteciesen y la alegría sería la reina de sus obogares, como lo había sido siempre.

Las minas se pusieron en marcha con la ayuda del señor Gruffydd y de mi padre... Otra vez al trabajo, trabajo para olvidar aquel invierno de ociosidad, de privaciones. Aquella mañana los hombres salían contentos la colina, camino de la mina; subían cantando, porque ya he dicho que mi pueblo era pueblo de cantores...

Pero no todos entraron al trabajo, porque eran demasiados para la poca tarea que había y algunos supieron que ya no podrían trabajar en su propio valle.

Mi padre, como capataz, estaba a la entrada de la mina vigilando el paso de los mineros; el segundo capataz iba contando y dando el número de la mina a lo que debían dirigirse; luego fué la orden radical.

—¡Ya no entra ninguno más!

Y las grandes verjas de hierro se cerraron ante mis dos hermanos Owen y Gwilyn. Los otros tres, Ianto, Ivor y Dwy habían podido entrar todavía; los dos pequeños quedaban en la calle, y la mirada de mi padre les siguió con una melancolía contenida, pero con aquella

fuerza y aquella serenidad que siempre presidieron todas las acciones de su vida. Presenciaba con el corazón doliente cómo se cerraban las puertas a muchos mineros, a muchos y entre ellos a sus dos hijos; pero con un esfuerzo de su voluntad inquebrantable fué a cumplir con su deber, como si no le pesara en el alma aquel dolor colectivo de todos los que no habían conseguido entrar a trabajar.

Muy tristes y desanimados llegaron a casa mis hermanos. Mi padre, con su sólida idea y con su acrisolada Religión que le enseñaba a alegrarse en las penas como en las alegrías, porque unas y otras son mandadas por Aquel que rige siempre nuestros destinos, era el que daba ánimos a todos; pero terminada la cena, Owen habló:

—Pasa lo mismo en todo el Sur de Gales, padre... En Cardiff los hombres hacen cola ante la caja de socorro a los parados del Gobierno... Pero eso no va con nosotros, ¿no es cierto?... Si quieres darnos nuestra parte, nós vamos... ¿Qué te parece?

Mi padre no esperaba, ciertamente, tal decisión y quedó en suspenso la pregunta. La pena se reflejaba en su noble rostro y una gran lucha se adivinaba en su corazón. Al fin dijo:

—¿Y dónde queréis ir?

—A América — replicó Owen.

Hubo un silencio profundo durante un gran espacio de tiempo. Todos habían quedado sobrecogidos por aquella decisión, y cada uno en su interior pesaba los pros y los contras de la emigración de sus dos hermanos, comprendiendo que era una resolución heroica, pero que debían tomar si querían vivir, como hasta entonces, de su propio esfuerzo y de su trabajo.

Fue tanto el que rompió aquel silencio que pesaba sobre todos y, dirigiéndose a los dos más jóvenes, les dijo simplemente, con su noble y franco desinterés:

—Llevaos mi parte.

—Y la mía—añadió Davy.

—No; no... —replicó Owen con aquella entereza que le hacía mucho más hombre de lo que sus años podían hacer concebir— Queremos sólo la nuestra... la de los dos.

—No seas tonto, hombre... —insistió tanto, cuando mi padre les dió la parte de dinero que les correspondía.

—No... sólo lo nuestro—dijo, categóricamente, Gwilyn.

—Bien... bien... ahí está... Pero no digáis nada a vuestra madre... Dejad que se pase este día al menos.

—No hace falta que lo digáis... Lo he oído... ¿Os vais, hijos míos? —preguntó mi madre que había escuchado la conversación parada en el umbral de la sala de estar, con el delantal recogido con una mano como era su costumbre y ladeando la cabeza como solía hacerlo cuando nos miraba, como para dar mayor dulzura a su mirada maternal.

Su gran pena se le escapó en un sollozo... pero sólo fue un momento. No era mujer que se dejara llevar por sus emociones. Tenía un temple de acero. Por

eso fue siempre la compañera digna de un hombre como mi padre.

Como siempre que en casa había algún gran acontecimiento y se sufría una contrariedad o se pasaba por una pena, mi padre cogió la Sagrada Biblia y dijo:

—¿Queréis rezar conmigo, hijos?

Gwilyn le alargó las gafas con un gesto que le era muy habitual y le dijo:

—Toma tus lentes, padre.

—Ya no volverás a dárme las —comenté mi padre con un trémolo en la voz que por primera vez yo le oía, como si fuera a llorar o como si reprimiera en lo íntimo de su ser un enorme sollozo que fuera a escapársele de su garganta.

Mi madre se acercó a mi lecho y me dijo, como si desahogara en mí su pena enorme:

—Esos dos se van... y esto sólo es el principio... Así os iréis todos... uno tras otro... Nos dejaréis solos...

—Yo nunca te abandonaré, madre—le aseguré yo con toda mi fervor infantil.

Me tomó la cabeza entre sus manos encallecidas en los trabajos del hogar, me miró profundamente a los ojos y me contestó:

—Si tú me dejas... llegaría a arrepentirme de haber tenido hijos...

—¿Y por qué los has tenido? —inquirí yo con toda mi ingenuidad.

—¡Vaya unas preguntas que haces! —exclamó mi madre.

Y soltó una risotada que fue corrada por mi padre y mis hermanos. Yo estaba contento de verles reír, aunque no sabía a ciencia cierta por qué se reían.

Nos distrajo de nuestra charla un gran ramoreo de voces que se oía en la calle. El cartero, en su carricoche peculiar, se había detenido, ¡cosa inusitada!, a la puerta de nuestra casa y todos los veci-

nos se arremolinaban en torno al «cartero para saber de dónde nos llegaba carta, de quién era, de qué país venía, como si aquello fuera un acontecimiento trascendental. Y así era, porque rara vez llegaban al valle cartas, y si llegaba alguna no era nunca para nosotros, porque nadie nos conocía fuera del valle y aun vivíamos todos reunidos en nuestro hogar.

Mis padres y hermanos salieron a la calle para ver de qué se trataba y el cartero, con gran respeto y prosopopeya, tendió la carta a mi hermano Ivor, que estaba en casa, mientras le decía:

—Es para el señor Ivor Morgan... y viene del Palacio de Windsor...

¡Del Palacio de Windsor! Estas palabras tuvieron el encanto mágico de disipar todas las tristezas. La gente del pueblo se iba acercando al gran grupo que se había formado en torno al carricoche del cartero, y mi hermano Ivor, ante la expectación de todos, rasgó el sobre y leyó:

«El señor Ivor Morgan se servirá comparecer ante Su... Ma... — se interrumpió, porque la emoción no le dejaba apenas leer, y luego empezó de nuevo—. El señor Ivor Morgan se servirá comparecer ante Su Majestad, en el Castillo de Windsor, con todos los miembros de su coro, el día 14 de mayo, entre tres y cinco de la tarde.

Un «¡Viva la Reina!» atronador sonó en todo el valle. Los vecinos aplaudían y mis padres estaban tan emocionados como Ivor.

—¡Cantar ante la reina! ¡Nunca creí que pudiese llegar tan hermoso día!—exclamó mi padre—. ¡Llamad a toda la gente del valle! ¡Dary, Hydras, Owel, todos vosotros, llamad a los de las otras minas para celebrar este aconteci-

miento! ¡tanto... baja a «Las tres Campanas» por cerveza... ¡Mi casa estará abierta esta noche para todo el mundo!

—¡Vivan los Morgan! ¡Viva Ivor! ¡Viva la Reina!—gritaban las gentes del valle entusiasmados por aquel inesperado y maravilloso acontecimiento.

Mi padre abrazó a mis dos hermanos Owen y Gwilyn y les dijo, bondademente emocionado:

—Hijos míos... tendréis una despedida digna de los Morgan.

Poco después, siguiendo su patriarcal costumbre, impuso silencio al coro cuando éste estuvo reunido, y, en voz alta, clara y serena, dijo su plegaria a Dios:

—Señor Dios Nuestro... te doy las gracias por haberme permitido vivir este día... Te doy las gracias por todo lo que tengo y por esta nueva bendición. Porque Tú eres nuestro Padre; pero la Reina es nuestra señora en este mundo... Confórtala en sus tribulaciones, Dios mío, y que no sean sus pesares mayores que los que pueda soportar a su edad... Y que esas voces de nuestros hermanos que han de cantar ante ella, tengan el aliento, la dulzura y la fuerza que todos deseamos...

Mientras mi padre rezaba, con los ojos fijos en el cielo, mis hermanos Owen y Gwilyn aprovecharon el momento para marcharse del pueblo sin pasar por el dolor de las despedidas. En mi casa nunca se han hecho escenas dolorosas. Siempre se procuró mitigar los momentos de agudo dolor. Por eso Owen y Gwilyn aprovecharon aquel momento de recogimiento en Dios para desaparecer entre la multitud y marchar carretera adelante con el fardo de sus pocas ropas al hombro, como habían marchado antes que ellos muchos emigrantes que fueron

a buscar en lejanas tierras la seguridad del pan de cada día.

Desde mi cama, les vi marchar, y en un débil grito quise llamarles.

—¡Gwilyn...! ¡Owen...!

Pero no me oyeron... o no quisieron oírme... y sus siluetas se perdieron en el confín del horizonte, acompañados por las voces armoniosas del coro.

Así abandonaron nuestra casa y nuestro valle mis dos hermanos...

Pocos días después, una mañana maravillosamente clara y perfumada, llamó a la puerta nuestro Pastor. Le abrió mi madre.

—¡Buenos días, señor Gruffydd! Me alegró de verte... Angharad ha ido al mercado — le dijo mi buena madre que, sin duda, había adivinado mucho antes que la misma Angharad lo que pasaba en el corazón de su hija y en el del Pastor.

—¡Angharad?... ¡Ah...! — dijo el Pastor, un tanto turbado — ¡Pero si yo vengo por Huw!

—¿Por Huw? — preguntó mi madre, un tanto dubitativa.

—Ya florecen los narcisos, mamá... — expliqué yo, recordando la promesa que me había hecho el señor Gruffydd al principio de mi larga enfermedad.

—¡Hum...! — gruñó mi madre, no creyendo de creer que yo pudiera ir a coger narcisos con el señor Gruffydd.

—¿Dónde está tu ropa, muchacho? — me preguntó éste.

—Bajo la almohada — repliqué yo, vacando de allí toda mi ropa.

—¡Bajo la almohada! — exclamó mi madre en tono de reproche.

—¡Lleva mucho tiempo esperando este día!

—Vamos entonces — dijo el señor Gruffydd ayudándome a vestir... Y traetó

un ramo de flores tan grande como el fuera para una reina, a tu buena madre.

—Sí, sí que lo traeré... — aseguré yo con alegría.

Cargado sobre la espalda me llevó el señor Gruffydd hasta lo alto de la colina, donde florecían los narcisos. Yo iba contento. Estaba seguro en sus brazos. Me iba hablando durante todo el camino y su conversación era para mí algo maravilloso y confortante.

—Ya vamos llegando... — me dijo, cuando ya estábamos muy cerca de los matizos de narcisos que crecían al pie de los árboles milenarios... ¡Ten cuidado que hay una rama baja! ¡Te gusta?

—¡Qué divertido! — palmoteaba yo sin darme cuenta de que debía pesarlo mucho al señor Gruffydd y que era un enorme sacrificio subir con un muchachito de doce años la pesada cesta de la colina, llevando a éste sobre los hombros.

Al llegar arriba, en un claro magnífico del bosque, el señor Gruffydd propuso que nos sentáramos y, con sumo cuidado, me hizo resbalar por su espalda hasta que mis piernas torpes tocaron el suelo.

—Mucho cuidado... mucho cuidado... ¡Ya está! — Mira qué bonito... — me dijo, sosteniéndome un solo instante por el brazo y dejándome solo de pronto para obligarme a sostenerme en pie, sin miedo.

Me agusté. ¡Hacía tantos meses que no caminaba! Era tan grande el convencimiento que yo tenía de que acaso no pudiera caminar nunca más... que al verme solo sentí un loco terror.

—¡No me deje solo! — supliqué, llorando.

Estaba el señor Gruffydd a poca distancia de mí, sentado en el suelo, ten-

diéndome sus brazos amorosamente:

—Verás cómo puedes andar si lo intentas... Vamos ya... ven aquí... —me decía, con una voz tierna, suave, persuasiva.

Pero yo tenía miedo y no me atrevía a moverme. Entonces, en tono más autoritario, imponiéndome su voluntad, me gritó:

—How... anda...

Me sentí sugestionado por aquella voz y, cautelosamente, como un niño que da sus primeros pasos, tambaleándome, avancé hacia él y caí en sus brazos.

—¿Lo ves...? ¡Así se hace! ¡Te has portado como un hombre!... Has tenido suerte, How—me dijo, haciéndome sentar a su lado y colocándome bien mis torpes piernas—. Has tenido suerte en sufrir... y suerte porque has pasado varios meses en cama... Así Dios te ha dado oportunidad para mirar dentro de ti mismo... Lo mismo que tu padre limpia su lámpara para tener buena luz, tú debes limpiar tu espíritu...

—¿Cómo, señor?—¡Inquilí ya que no siempre entendía bien las palabras de nuestro Pastor.

—Por la oración, How... y por la ora-

ción no debemos entender mancellar unas plegarias sin devoción ni sentimiento... Plegarias son también nuestros pensamientos dignos y honestos, How... Cuando rezas, piensa lo que estás diciendo... Convierte tus pensamientos en oración... así tus plegarias tendrán fuerza... y esa fuerza vendrá a formar parte de tu cuerpo, mente y espíritu... El deber de esas piernas que ya andan... es llevarte el domingo a la iglesia.

La voz del Pastor tenía inflexiones... ¡tan dulces, tan suaves!... Cadencia de cielo, era como yo la consideraba, que sin darse uno cuenta arrebatada, elevando a encantadas regiones, que era donde moraba su alma.

Con emocionada expresión le dije:

—Iré, sí, señor, iré... Y lo sentía, estaba seguro de que mis piernecitas débiles responderían a aquella fuerza interior que emanaba del señor Gruffydd y que alentaba en mí.

—Así quiero verte hablar... dame la mano. Y fuimos caminando por aquella magnífica colina totalmente cubierta de narcisos. Lo recuerdo como si se tratara de un cuento de hadas. Esa primera excursión después de mi enfermedad... dejó en mí sabor de cielo.

Como había prometido al Pastor, el domingo fui a la iglesia. Tenía verdaderos deseos de dar gracias a Dios por el gran favor que me había concedido de poder andar otra vez.

La iglesia, como día de fiesta, estaba completamente llena, porque mi pueblo es creyente y practica todos los deberes para con Dios.

El señor Gwafydd, arrogante en su cátedra divina, leyó todos los oficios y después de dirigirnos unas palabras saturadas de santos pensamientos y buenos propósitos, rogó a los presentes unos momentos de atención, diciendo:

—Hagan el favor de permanecer todos en sus sitios... Se van a tomar algunas decisiones.

Era costumbre en mi valle juzgar públicamente a aquel que caía en falta grave, sobre todo si esta falta era de escándalo, y el encargado de acusar en público al pecador, era Parry, el ayudante del Pastor, aquel hombre ruin a quien nadie quería porque se creía con derecho a censurar y juzgar severamente los actos de los hombres, sin darse cuenta de que Dios es el único que puede hacerlo, porque El nos ama, y amando se comprende y perdona muchas cosas. Pero el señor Parry debía ignorar todas estas cosas, pues con su voz atiplada y perentoria, comenzó:

—Meilyn Lewis... ven aquí...

Azóse del último banco una figurilla insignificante de mujer. Estaba tan avergonzada, tan humillada, tan decaída que con gusto hubiera corrido hacia ella para sostenerla, si no hubiera temido incurrir en el enojo de mi padre y del propio Pastor.

—Tu delito es bien notorio—siguió diciendo Parry—, y ahora pagarás el precio que te corresponde por esa culpa... ¿Has traído al mundo una criatura contra toda ley! Es inútil disculparte. Serás castigada severamente hasta que purgues tu horrible falta. ¿Reconoces tu delito?

En el rostro de la mujer a quien de esta manera infamante se condenaba en público, se reflejaba la horrible tragedia que en su alma se estaba desarrollando.

—Sí... contestó en tono humilde, presa de intenso temblor.

—Pues, prepárate a sufrir tu castigo... —gritó Parry, con toda la fuerza de su indignación.

La desdichada, ocultando el rostro en el delantal, salió corriendo de la iglesia. Mi hermana había escuchado hasta entonces en silencio, pero bien se veía en sus ojos el desconsuelo que le producía aquella escena infamante para un pobre ser indefenso... Y, sin poder contener su excitación, se levantó en plena asamblea y salió corriendo de la iglesia, tras de la



Ianto, Huw, Gwilym, Gwilym, Owen, Ivar y mi padre.



Bros había venido del valle cercano para hacer una visita a mis padres.



Min herriana Angharad.



A Bryn e Ivar les llin a casar el pieler Gruffydd.



Aquel día volvían a sus hogares taciturnos y severos.



—Mi padre dió las órdenes precisas.



—Coged vuestras cosas e idos.



—Nos quedamos él y yo solos en la mesa.



Culpaban del parte a mi padre.



Bren se había constituido en mi enfermera.



¡Hacia siete meses que no nos veíamos!



—Vámonos, di algo, mujer.



¿Si quieres darnos nuestra parte, nos vamos, dijeron
Gillin y Owen.



¡Cantier ante la Reinal!



En su día demasiado para jugarle un partido
tan grande.



Estaba encantadora.



—Mi padre terminaba pronto en la clase conmigo.



—¿Ganaste tú, Huw?



—Desde esta noche te dará un genio que por cada marca que traigas.



—Aprendí lo suficiente para defenderme.



—Le desobedecí al pelear.



Todo al puñeta en masa corrió hacia la mina.



—¡Ay, madre, qué esta estoy con él!



Y así yo empecé a trabajar en la mina.



Era duro el trabajo.



Angustia al regresar sin su marido.



No pude resistir a la tentación de ir a verla.



Me turbó tener que enfrentarme con el ama de llaves.



Rompí a llorar desesperadamente.



—Enés tan calientes como tripulantes.



El pueblo en masa se hizo en torno a la puerta
de las torres.



En el elevador subíamos al señor Gruffudd y yo,
el conductor de mi padre.

infeliz a la que se acababa de arrojar de ella despiadadamente.

El señor Gruffydd salió tras Angharad y la detuvo en el atrio.

—Angharad!...—le dijo con dulzura. Ella le miró con sus ojos llenos de lágrimas y, como en un sollozo, replicó:

—Es intolerable...

El señor Gruffydd comprendió lo que Angharad quería decir, porque conocía el alma de mi hermana hasta sus más profundos repliegues y sabía que su femina delicadera se había sentido gravemente ofendida por lo que acababa de ocurrir.

El Pastor la contempló en silencio un buen espacio de tiempo. Nada me extraña que los hombres admitieran a Angharad ni que la amaran hasta la locura, porque mi hermana era un ser excepcional. Reunía todos los dones que la naturaleza, cuando se muestra pródiga, puede otorgar. Y Dios la había dotado, además, de un alma tan pura, tan virginal, tan cándida y al mismo tiempo tan fuerte y capacitada, que era su mayor tesoro... con reunir tantos.

Este era también el tesoro que más apreciaba en ella el señor Gruffydd, y el que más le entusiasmaba, entusiasmándole todos.

—Angharad...!—volvió a decirle el Pastor, tratando de detenerla.

Angharad, sofocada, trémula de emoción, se volvió a él y le dijo con franqueza un poco ruda:

—¿Cómo puede usted sentarse entre ellos? Unicamente quieren proporcionarle a la pobre nuevos sufrimientos. Esta falta de caridad ofende al Dios Justo y Bondadoso...

Angharad no llegaba a comprender cómo el Pastor, hombre excepcional y buenísimo, podía tolerar semejante injusticia.

—Se ve que conoces bien la Biblia... pero no la vida—le dijo él.

—Sí, es inhumano y cruel lo que hacen con esa pobre mujer... ¿Qué puedo hacer ella ante una escena semejante, ante ese rencor de todos... sin que nadie le ofrezca un poco de consuelo?

Hubiera querido Angharad decir muchas cosas más. Se sentía poseída por la justicia y tenía la seguridad de que lo que habían hecho con la desdichada era la más cruel de todas las injusticias.

Pero en aquel momento cruzó ante ellos la acusada. Iba corriendo, avergonzada de su falta. Angharad pensó lo que en aquel momento pasaba por el corazón desgarrado de la desdichada, se daba cuenta de la lucha a vida o muerte que se libraba en su alma entre el genio del bien y el del mal... Y una inmensa pena, una gran compasión fue lo que la obligó a seguirla para prodigarle sus consuelos y asegurarle que no todos la desprecian, que ella la comprendía, que se daba cuenta de su dolor por la falta cometida...

...

Mis hermanos me daban cada día masaje en las piernas para que se me fortalecieran y pudiera caminar mejor, prodigándose todos su cariño... y algunos portazos también.

Yo me consideraba ya un hombre, todo un hombre, y no me gustaba que Angharad estuviera presente a la hora del masaje. Por eso, viéndola entrar cierta mañana, le dije:

—¡Angharad... ya soy un hombre y no puedes entrar! ¡Vete a la cocina!

Pero ella, en vez de obedecerme, comenzó a reírse y para confirmarme en la idea de que para ella era un niño, me hizo cosquillas y me propinó un cachete muy sonoro, no precisamente en la cara, mientras me decía:

—¡Ah...! Conque eres un hombre, ¿verdad...?

A mis hermanos les hizo gracia la salida de Angharad y comenzaron a reírse a grandes carcajadas, coreados por mi madre, que goraba con aquellas escenas familiares.

Al que no le hizo tanta gracia fué a mi padre, que estaba fumando su pipa y leyendo el periódico mientras se daba un baño de pies muy calentito, feliz en aquella paz de su hogar que ahora turbaban las risas juveniles. Mi padre era hombre sencilla, y su felicidad consistía en aquellos placeres nimios: su pipa... su diario... su baño de pies... Y es que

la felicidad la proporcionan, la mayoría de las veces, las cosas pequeñas y sencillas, las que dan la paz y el bienestar de cada día y de cada hora.

—¡Beth...! ¡Beth!—llamó, a gritos.—¿Por qué molestáis de esta manera? No se puede fumar la pipa ni leer el periódico con este alboroto...

Mi madre, con aquella gracia que la caracterizaba, sin enfado ninguno, respondió:

—¡Calla, y déjales en paz!

Pero estaba visto que la paz no iba a durar aquella mañana, pues unos golpes en la puerta cambiaron la fisonomía de todos, pues cuando se está en familia... y de aquella forma, es importuna cualquier persona. Mi padre dijo:

—Adelante... Adelante.

Nadie respondía, y mi padre tuvo que levantarse, y con sus pies mojados y descalzo, fué a abrir.

La sorpresa fué enorme, pues el visitante era nada menos que el señor Evans, el propietario de las minas, el hombre más rico del valle y de sus contornos, casi como un rey para nosotros.

Y... encontrarnos de aquella manera... Nadie supo qué decir ni qué hacer, todos procuramos escabullirnos sin ser notados, y quedó mi padre solo con él.

El señor Evans, con cariño y hasta como con tímido, cosa inaudita, se dirigió a mi padre:

—Buenos días, Morgan.

Mi padre estaba desconcertado; no atinaba a decir nada, y mucho menos a comprender a qué se debía aquella visita. Así, con azoramiento, contestó a su saludo:

—Buenos días, señor Evans. Siéntese, siéntese, señor.

—Gracias—contestó el señor Evans, y se sentó.

Mi madre, desde la puerta de la cocina, presenciaba la escena, y se sentía emocionada por el honor que representaba para la familia Morgan una visita de esa categoría.

Angharad estaba al lado de mi madre y no participaba de su regocijo, antes bien, un cambio brusco se originó en su dulce y apacible rostro; algo desagradable le auguró aquella inesperada visita del señor Evans, y una gran tristeza invadió su semblante.

Mi madre, rogando por el brazo a Angharad, le susurró al oído:

—El señor Evans... el propietario de la mina... Angharad.—Y las dos quedaron escuchando.

El señor Evans tomó varias veces seguidas, miró a mi padre entre autoritario y suplicante, y le dijo:

—¡Ah! Vámonos al asunto, Morgan.

Mi padre no sabía ni se imaginaba siquiera a qué se debía aquella visita... y eso del asunto, le dejó perplejo, de modo que se limitó a responder:

—Sí, señor.

Continuaba el visitante con sus toses y silencios, como si fuera muy penoso lo que tenía que decir, tan penoso parecía, que mi padre empezaba a estar asustado, y eso que él tardaba mucho en asustarse; al fin, el señor Evans dijo:

—Soy portador de una delicada misión, Morgan.

El cariz que tomaba el asunto, con tantas preámbulos y circualoquios, no agradaba a mi padre, a quien le gustaban siempre las cosas muy claras... ¡y rápidas!; y como el asunto se hacía esperar, dijo:

—¿Algo grave, señor?

—No, no, no, no es grave, pero... me preocupa.

—Sí, señor—contestó mi padre, y quedó muy serio, esperando más explicaciones.

—He venido a solicitar... su permiso... para que mi hijo Iestyn... pueda tener permiso...

Mi padre ya había encontrado la pista; pocas palabras le habían bastado para figurarse a dónde iba a parar todo aquello. No sé si fue la emoción, o quizá un poco de enfriamiento, lo que le hizo estornudar en tan oportuno momento. El señor Evans, muy amablemente, dijo:

—¡Jesús!

—Gracias, señor—contestó mi padre, y se dispuso a seguir escuchando.

—¿Qué iba diciendo?—preguntó angustiado el señor Evans, que sin duda era desmemoriado.

—Permiso—se limitó a indicar mi padre.

—¡Ah, sí! Que mi hijo Iestyn pueda tener permiso para cortejar con su permiso a la hija de usted...

Mi padre se tomó muy en serio el importante papel que las circunstancias le proporcionaban, y comenzó a pasearse con las brazos cruzados en la espalda y la cabeza baja por toda la habitación.

El señor Evans seguía con la mirada todos los movimientos de mi padre, y con gran emoción esperaba el desenlace de la escena.

—Somos una familia muy orgullosa, señor Evans.—Verdaderamente, mi padre

tenía razón... todos teníamos un concepto muy elevado de la categoría que nuestra casa poseía y del respeto que todo el valle, incluyendo al señor Evans mismo, nos tenía. Sin embargo, no ofrecía duda alguna, la decisión que mi padre iba a tomar la sabíamos todos de antemano.

Era un honor muy grande para nosotros que el hijo del señor Evans se hubiera enamorado de Angharad. Representaba el brillante porvenir de nuestra querida hermana, y eso era lo que nos deslumbraba a todos... ¡Cuán equivocados estábamos!

El señor Evans contestó a lo que mi padre dijo sobre el orgullo de nuestra familia:

—Sí, sí, ya lo sé, Morgan, ya lo sé, pero no es cosa mía, es ese jovenzuelo que se ha empeñado...

Mi padre estaba encantado, aunque su orgullo de Morgan le obligaba a disimular y fingir que si consentía podían estar contentos, porque... ¡lo estuvo pensando!

Así, al cabo de los momentos que consideré oportunos para quedar en buen lugar, contestó:

—Señor Evans... su hijo tiene permiso para hablar conmigo.

—Gracias, gracias, Morgan, le estoy muy agradecido... Y era verdad, porque su rostro, que generalmente era agrio, adquirió la expresión más beatífica del mundo. Mucho debía de ser el empeño de su hijo en lograr el amor de Angharad...

—De nada, de nada—murmuró mi padre con amabilidad.

Y el señor Evans quiso hacer valer delante de mi padre las cualidades de su hijo, y le dijo:

—Es un buen muchacho, de Gales tum-

bién, ya lo saben... Le queda muy agradecido, Morgan, buenos días.

—Sí, señor, sí, señor—Y le acompañó hasta la puerta, estrechando la mano que le prodia cariñosamente el señor Evans.

En cuanto éste hubo pisado el umbral de la puerta, mi padre, con una alegría inmensa, hasta aquel momento contenida, llamó a mi madre con todas sus fuerzas:

—¡Beth, Beth...! ¡Vamos, vamos, mis zapatos, trae mis zapatos...!—Y dirigiéndose a mi hermana que estaba presenciando la escena, en silencio, y que no participaba de la alegría de mis padres, le dijo:

—Y tú, chica, a tu cuarto. ¿Has perdido la modestia? Anda arriba... Y con un cariñoso empujón la instaló en la escalera; y continuó diciendo a mi madre:

—Deja ese jorro... mis zapatos... busca mis zapatos... Y notando que mis hermanos no se movían, ni se agitaban como él, les dijo:

—Andad a ponerse las chaquetas, en seguida.

Aun no le había traído mi madre los calcetines, cuando ya llamaba a la puerta Iestyn, el hijo del señor Evans. Tenía un aspecto que resultaba ridículo, por los aires que él se daba de conquistador irresistible. Si su manera de ser hubiera sido sencilla y corriente, quizá hubiera seducido más... pero... con esos aires de suficiencia se hacía insostenible. No nos gustó a nadie, pero... ¡era el hijo del señor Evans!

Mi padre le ofreció cariñosamente una silla y se dispuso a presentarle a mi madre, que llegaba con los calcetines y las botas, dándole todo a mi padre, que no sabía qué hacer y que siguió descalzo.

—Es mi esposa, la señora Morgan.

—Mucho gusto... señora Morgan... He venido a pedirle permiso para hablar con su hija Angharad.

Todo lo hacía con tal aire de desprecio, que mis hermanos, que aparecieron en aquel momento, quedaron mal impresionados. Tocó el turno de presentarlos a ellos.

—Estos son mis hijos—dijo mi padre, pensando toda su alma en aquella frase que encerraba todo su orgullo y su esperanza. Pero Iestyn les miró de soslayo y se limitó a contestar :

—Sí... los conozco.

Mi padre se dio perfecta cuenta de la indiferencia que puso en esas palabras,

y otro estornudo de desaprobación fué la forma externa de demostrar su enojo.

Mis hermanos contestaron a coro :

—¡Jesús!

No se habló más del asunto. Iestyn quedó autorizado para cortejar a Angharad, y después de algunas trases más o menos fingidas, se marchó el intruso que se había de llevar a mi hermana... destrorándole el alma.

En aquel preciso instante, el señor Gruffydd pasaba por delante de nuestra casa, miraba con sorpresa el coche de los Evans y seguía su camino con melancolía, seguido por las intensas miradas que le dirigía Angharad a través del cristal de una ventana del piso superior.

...

Angharad no estaba en absoluto de acuerdo con todo lo que se decidió en su ausencia; ella no amaba a Iestyn, antes al contrario, sentía por él la mayor indiferencia; pero por otra parte le constaba el placer tan grande que daría a sus padres si consentía sin ninguna clase de objeciones al amor de aquel hombre.

Su corazón sangraba de dolor por el amor que sentía hacia el señor Gruffydd. Con él sí que se casaría... En cambio con aquel otro... ¡Qué ratos más amargos la esperaban si consentía en casarse con él!... ¡No quería ni pensarlo!

Ante todo y sobre todo, ella debía de aclarar una cosa, y era el cambio tan brusco que desde hacía unos días se había operado en el Pastor con respecto a ella; y casi sin pensarlo, se dirigió a su casa... ¡Allí lo encontraría, y podrían hablar!

Llegó, en la emoción pintada en el rostro. La puerta estaba abierta... siempre lo estaba. El Pastor de almas no podía cerrar la puerta de su casa, porque sus ovejas podían necesitar de su ayuda en cualquier momento y bajo su techo estaban resguardadas y seguras de todo peligro. Pero el señor Gruffydd no estaba en aquel momento; la habitación, su «hogar», estaba apagado y oscuro, todo en orden... todo sencillo... ¡Pero qué agradable! Todo lo hubiera dado Angharad para poder decir «nuestro ho-

gar» en vez de «su hogar». ¡Por qué sería la vida tan amarga...? ¿Por qué se interpondría entre los seres para privarles la felicidad? Pero ella estaba resuelta a todo... Si el señor Gruffydd quería, le dejaría todo y renunciaría a todo por él...

Se quedó allí, quieta, sentada en un sillón, esperándole. De pronto una gran claridad iluminó la habitación. Era el Pastor que llegaba a su hogar y encendía el quinqué, quedando en suspense al descubrir súbitamente a Angharad.

—No debías estar aquí... —le dijo él de una manera que, más que un reproche, era un mimo. Y la miró intensamente, como queriendo grabar aquella imagen querida tan profundamente en su imaginación, que nada ni nadie fuera capaz de borrarla nunca.

También Angharad le miraba con intensidad, en una muda súplica de amor, y con el fuego de sus apasionados ojos negros le enviaba todo su cariño, sus anhelos, su vida entera. El silencio es elocuente; y en aquellos segundos que permanecieron callados, se dijeron el secreto de sus vidas.

Fue ella quien, levantándose y encarándose con el Pastor, rompió el magnetismo de las miradas para volver a la realidad y hablar del asunto que tanto le preocupaba.

—No quería pasar otra noche sin sa-

berla... ¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha ocurrido?—le preguntó, con la angustia reflejada en su rostro.

—No entiendo... —contestó el Pastor, de un modo evasivo.

—Usted ya lo sabe... ¿Por qué le encuentro tan cambiado? ¿Hasta parece un extraño? ¿Qué le ha hecho yo?—continuó, casi llorando, exponiéndole todas las quejas que su corazón había guardado hasta entonces avaramente.

—No, no es culpa mía—replicó el Pastor con su hablar lento y grave—. Tu madre me habló esta tarde de tu boda. Está muy contenta de ver que tienes asegurado tu bienestar.

Hablaba queriendo fingir indiferencia, queriendo dar a entender que él también opinaba que era un buen partido y que no debía dejarlo perder; pero sus ojos le traicionaban. El azul purísimo de sus pupilas adquirió la intensidad del ano me olvidoso... Era esto lo único que en el fondo de su alma ideal ansiaba de ella... Que no le olvidara nunca... ¡Nunca!

—¿Con Iestya Evans...? —preguntó Angharad, angustiosa.

—Es un buen partido—aseguró él, domirándose.

—Pero... yo no le quiero a él... ¿Te quiero a tí?—confesó con toda su franca ingenuidad. Lo que había ido a decirle estaba ya dicho... y lo dijo con toda la fuerza y el valor que su amor le daba.

El se acercó a ella y le murmuró suavemente:

—¡Angharad...! He pasado muchas noches pensando en lo que acabas de decir... Sabía bien lo que me esperaba en este camino que he elegido... Vida de sacrificio y devoción... Lo pensé bien antes de decidirme... Toda la vida así,

entregado a mi ministerio. Ya sé que es un camino áspero y difícil, pero es un camino para mí sólo... ¿Crees que tengo derecho a sacrificar así tu vida? ¿Dependiendo de la caridad de otros continuamente...? ¡Y si tuviéramos hijos, careciendo de ropas con que abrigrarles y de casa digna y suficiente donde acogerles... No, Angharad, no... Solo, tal vez podré soportar esta vida... pero tendría que renunciar a ella si viese cómo tu cabello escanece prematuramente...

Le acariciaba la frente mientras hablaba. Aquella mujer estaba muy por encima de todas las pasiones humanas. La amaba demasiado para hacerla desdichada. La lucha que se libraba en el alma de aquel hombre era titánica. Estaba lúcidamente enamorado de Angharad... pero lo estaba también de su ministerio, y era a este a quien se debía. Supeditar al amor humano el amor Divino... ¡jamás! Pero tampoco podía sacrificar a aquella criatura en aras del ministerio que él debía ejercer con rectitud... La amaba demasiado para imponerle un sacrificio tan grande. Por eso renunció a su única ilusión, a tratar a aquella chiquilla que lo era todo para él... y por eso comenzó a rectificar todas las muestras de marcada preferencia que hasta entonces la había dado, huyendo de Angharad tanto como hasta entonces la había buscado.

—¿Por qué...? ¿Por qué esa vacilación? ¿Eres un hombre... o te niegas a serlo?—preguntó Angharad con un grito salido de lo íntimo de su alma.

—No me niego... pero debo cumplir con mi deber... Déjame ahora—replicó él, haciendo un esfuerzo supremo.

Angharad le miró un instante y hundió, sollozando, su frente en el pecho del hombre al que amaba apasionada e irre-

misiblemente. Todos los sufrimientos y penalidades que él le pintaba como porvenir, eran para ella horas dulces, encantadoras, rodadas de senderos floridos... porque todas estaban iluminadas por el amor. Lejos de él no sería dichosa... Pero, puesto que él lo quería, puesto que él se había impuesto aquel renunciamento, puesto que le suplicaba que le dejara, para no desfallecer en el momento de tan trascendental decisión,

obedeció... Alzó su frente pálida, le miró con la más dulce de sus miradas y en ella le hizo entrega de su corazón, con un beso de su alma, entero y para siempre, pasara lo que pasara... Y salió corriendo de la casa del Pastor.

Gruffydd la vió partir y alzó sus purros ojos al Cielo, ofreciendo a Dios aquel renunciamento absoluto de su ser para entregarse con mayor fervor a su divino ministerio.

...

Y Angharad se casó con Iestyn Evans. Al salir de la iglesia, la gente se hallaba colocada a ambos lados de la carretera, para presenciar la salida de los novios.

Angharad estaba encantadora, yo creo que no hay mujer que haya estado más hermosa el día de su boda que lo estaba mi hermana... Con su traje blanco, largo hasta el suelo, y su velo de tal que el viento se entretenía en elevar, dándole el aspecto de una hada o de un ángel.

Sólo su cara, que ella procuraba, haciendo esfuerzos sobrehumanos, mantener sonriente, la traicionaba... Algo muy profundo y muy secreto se vislumbraba a través de sus magníficos ojos.

Un lujoso coche de caballos esperaba a la pareja a la salida de la iglesia, subieron a él, y Angharad buscó con la mirada a quien continuaba siendo su único pensamiento... y la silueta del Pastor se dibujaba en lo alto de la colina, enviándole su último adiós y la seguridad de su eterno cariño. Angharad bajó los ojos y ocultó sus amargas lágrimas.

Mi padre gritó a los cantores del pueblo, al ver que no lo hacían como otras veces:

—¡ Es que no vais a cantar para mi hija el día de su boda ?

Y a la insinuación de mi padre, obedecieron... aunque sin la alegría acostumbrada en tales casos.

...

Yo me iba haciendo un hombre, y como mi padre quería que lo fuera de gran provecho, decidió, viendo lo mal que se estaba poniendo el asunto minero, que yo estudiara. Por eso quería prepararme para el ingreso en una Escuela Nacional.

El señor Gruffydd, que cada día nos apreciaba más, y más nos visitaba, fue el que se encargó de mi elemental preparación. Todos los días por la noche venía a darme la clase, y mi padre tomaba parte en ella haciendo conmigo los problemas y todo lo que se presentaba. Mi madre, ocupada en sus quehaceres, no dejaba por eso de seguir nuestra conversación, y se hacía cruces de las tonterías que llegábamos a decir.

—Una bañera tiene una cabida de cien litros. «A» la va llenando a razón de 20 litros por minuto... y «B» a razón de 10 minutos... ¿Lo anotó, señor Morgan?

—20 y 10 litros... Ya está—contestó mi padre, después de escribir todo el problema que el señor Gruffydd nos había planteado.

—Ahora bien... «C» es un agujero por donde sale el agua a razón de 5 litros por minuto. ¿Cuánto se tardará en llenarla?

—Pues...—dijo mi padre aturdido por aquel río de «A», «B» y «C».

Una estrepitosa carcajada de mi ma-

dre nos hizo levantar la cabeza del papel para mirarla a ella.

—¡Ja, ja, ja!... ¿Qué tontería, querer llenar una bañera llena de agujeros!

Al señor Gruffydd le hizo una gracia enorme la salida de mi madre y rió con todas sus ganas. No así a mi padre, que se tomaba muy en serio los complicados problemas y le molestaba que le interrumpiesen, por lo que exclamó:

—¿Qué sabes tú de esas cosas, mujer? Es un problema aritmético... para el examen de ingreso en la Escuela Nacional.

—¡Vaya con la Escuela Nacional! ¿Qué problemas tan tontos tiene! Echar agua en una bañera que está rota... eso no lo haría más que un chiflado.

El Pastor continuaba riéndose, porque en verdad, mi madre era la mujer más salada de la tierra. Mi padre prosiguió:

—Es para ver si el muchacho sabe calcular... son cifras y nada más, saber lo que tardaría en llenarla.

—¡Una bañera llena de agujeros!

Mi madre estaba en sus trece de que era una tontería intentar llenar esa bañera rota, y no quería dar su brazo a torcer.

—Ya sé por qué son tan testarudos nuestros hijos... han salido a ti, Beth, se te parecen... Dígame, señor Gruffydd, ¿hay alguna cosa más?

—El sistema decimal—contestó el Pastor, a quien la discusión de mis padres

había hecho muchísima gracia y aun continuaba sonriendo.

—Decímal... Vamos a ver can... y no te metas en mis cosas... Eso se lo decía a mi madre con una cara muy enfadada.

—Has lo que quieras—contestó mi madre más enfadada aún.

El señor Gruffydd nos contemplaba a todos con inmenso cariño... le recordábamos continuamente a la que él no había podido ni querido olvidar, y que se había marchado tan lejos, a la ciudad del Cabo, con su marido, y por eso era en nuestra casa donde su corazón se hallaba más contento y, claro está, era el lugar más frecuentado por él, descañando la iglesia, por supuesto.

Entre unas cosas y otras se había hecho muy tarde, así que el Pastor se levantó, diciendo:

—Tengo que marcharme... seguiremos con los decimales mañana por la noche...

Me hizo una caricia en la cara, como

era su costumbre, y dirigiéndose a mi padre, le dijo:

—Buenas noches...

Y mi padre le miró muy sonriente y como queriéndole agradecer todo lo que por mí hacía, pero se limitó a contestarle:

—Buenas noches.

Cuando pasó por el lado de mi madre, el señor Gruffydd la contempló un momento. La admiraba profundamente. Veía en ella un amor y sumisión tan grande hacia su marido, que le hacía pensar lo que hubiera sido Angbarad para él, y magníficos pensamientos irrealizables llenaban su imaginación, dando a sus ojos aquella expresión de felicidad que a todos cautivaba. Y... dijo a mi madre:

—Buenas noches, señora Morgan.

—Buenas noches—respondió mi madre, mirándole con mucho aprecio.

...

¿Quién será el que no recuerde el primer día que asistió a la escuela?... Yo tuve que marchar por las colinas hasta el valle próximo... era el primero de mi familia que iba a concurrir... a una Escuela Nacional.

Todos habían procurado que fuera lo mejor posible, que no me faltara detalle alguno, mis zapatos embetunados, mi flamante gorra, mi mejor vestida, y todo lo necesario para un estudiante: cartera grande y bonita, estuche para los lápices, en fin, tantas cosas que yo me creía un super hombre, y estaba seguro de ser la admiración de todos mis compañeros.

Cuando llegué a la escuela ya no tenía un buen aspecto, porque un camino tan largo y accidentado no es precisamente la piedra filosofal para mantener los zapatos brillantes ni el cabello fijo.

Con una gran timidez empujé la puerta de la escuela. Un gran silencio acompañó mi entrada; la clase entera se volvió para mirarme, y el maestro se dirigió a mí:

—¿Conque tú eres el nuevo?

—Sí, señor—respondí muy bajito.

—Llegas tarde—me dijo el profesor, mirándome con un aire tal de desprecio, que derrumbó de mi imaginación el buen concepto que de mí mismo tenía.

—Sí, señor—fue eso lo único que supe contestar, pues las explicaciones que hu-

biera debido darle, para justificar mi retraso, se me quedaron en la garganta.

—Pues te encuentras algo desarraigado.

¿Quién es tu padre? ¿De dónde eres?

Una carcajada general corrió las palabras insultantes del maestro. Yo cada vez más empujeada, casi no me atrevía ni a respirar, como si no tuviera derecho alguno para estar allí; pero me acordé que me había preguntado de dónde era, y contesté:

—De Cum Rhodda.

—¿Cum Rhodda?... ¡Ah!... Un talento de las minas de carbón... Ya veremos si saco algo de ti... Anda, púas.

Yo, como un autómatas, iba andando despacito, sintiendo sobre mí las miradas poco acogedoras de mis compañeros y las palabras despectivas con que se me había recibido. Un grito áspero me sacó de aquellas meditaciones:

—¿Has vivido en una cuadra?

Y... otra vez se rieron todos de mí.

—Cierra la puerta.

Verdaderamente, incurri en una falta de urbanidad al olvidarme de cerrar la puerta, pero podía comprender al maestro que mi azoramiento me disculpaba de todo.

—Traes sucias las botas—prosiguió implacable, después de que mi gorra, que no acerté a quitarme, fue arrancada de mi cabeza con un bastón flexible. Se

había propuesto molestarme... o era esa, tal vez, su costumbre de tratar a los alumnos.

—Cuando salí estaban limpias—le contesté.

—Cuando hables, dime señora, o haré que rompas mi palmeta...—Y mientras eso decía acariciaba el bastón flexible... que era, sin duda, la tal palmeta.

—Añda, siéntate ahí.—Y me señalaba una banqueta, separada del resto de los pupitres; aquello ya era un castigo.

—Sí, respondí, mientras me sentaba y los niños me tomaban como una especie de bufón, pues se reían de mí y me esquivaban con poca simpatía.

Melwyn era del grupo mayor, y de los mayores, y fue el que más se destacó desde el primer momento por una gran antipatía hacia mí; yo no comprendía por qué, ya que yo no había ofendido a ninguno, antes al contrario, no deseaba otra cosa que repartir amabilidad y demostrarles que no era tan despreciable como ellos se creían.

—¡Ja, ja, ja!... —comenzó a reírse Melwyn, al salir de la Escuela. Yo me daba cuenta de que todo el orgullo Morgan y todo lo que de hombre yo tenía, se sentía gravemente herido por las continuas enojas de todos, y así fue que me volví muy enfadado, para ver quién era el que de aquella forma se reía de mí.

Con un gesto de desenfado, muy propio de quien no tiene ni educación ni dignidad, se dirigía a mí Melwyn.

—Vamon, acércate aquí, novato. ¿Para qué es esta caja?... ¿Para lápices?... Es bonita...

Y... con toda su fuerza brutal, me rompió en dos... ¡mi caja de lápices!...

—Oye, ¿por qué has roto mi estuche?

Lo que pasó por mi mente en aquellos momentos no sabría explicarlo, pero lo

que sí sé es que me lié a una lucha sin igual con aquel niño bárbaro. Yo oía cómo los niños daban ánimos a Melwyn para que me pegara muy fuerte, puta que me aniquilara, pero no le harían falta ánimos, pues me pegaba con todas sus energías en función.

Solamente una niña que durante toda la mañana me miró con cariño, fue la que intercedió para que me dejaran en paz.

—Melwyn, Melwyn... no le hagas daño—decía, y su vocetita era la que me daba ánimos y consuelo.

La lucha paró al fin, y yo quedé tan aniquilado, que no podía casi andar y tenía la cara tan llena de golpes, que resultaba difícil reconocerse. Paso a paso me encaminé a casita, con el cuerpo sangrando y el corazón destrozado. ¿Dónde quedaban mis ilusiones?

Pero yo estaba decidido a una cosa: no me quejaría, no diría el mal rato pasado, ni el desprecio de mi profesor y compañeros. Si estaba destrozado, no se debía a nadie más que a mí. Yo era el único culpable.

Ya divisaba mi casa... Mis hermanos estaban cerca de mí y me miraban con gran asombro, y se me aproximaban horrorizados por el aspecto que yo tenía.

Tanto me cogió entre sus brazos y me interrogó con la mirada.

—Es... que me caí en el monte — le dije.

Pero mi hermano era muy inteligente y se dió perfecta cuenta de lo que había pasado, y se limitó a preguntarme:

—¿Ganaste tú, Huw?

Yo, como no mentía nunca, dije la verdad:

—No.

Entramos en casa y mi madre censuraba a todos esas ideas de mandarme a

una Escuela Nacional, y ahora que me veía en aquel estado, aun se afianzaba más en lo suyo.

Mi padre pensaba muy diferente, y cuando me vió en tan lastimoso estado, nada se le ocurrió mejor que decir a mi hermano:

—¡Ianto... busca a Dai Bando.

Dai Bando era uno de los mejores cantores del coro que dirigía Ivor, y un antiguo boxeador que manejaba los puños con gran agilidad y eficacia, y mi padre tenía la seguridad de que era eso lo primero que yo debía aprender para ir a la escuela.

—Dai Bando, esa eso—dijo mi hermano, convencidísimo, y marchó corriendo a buscarle.

Mi padre me miraba con orgullo; a todos sus hijos los quería mucho, pero a mí me tenía una marcada predilección, pues no en vano era el más pequeño y, además, yo le correspondía con toda mi alma. Para mí, mi padre lo era todo, sus insinuaciones tenían el carácter de mandatos, y sus correcciones de enmiendas.

—¿Quieres volver a la escuela mañana?—me preguntó con todo cariño, aunque no le cabía la menor duda de que diría que sí. Y así fué:

—Sí—le contesté, convencido de que mi padre se enorgullecería de que su hijo fuera valiente e hiciera honor a su nombre.

—Bueno... desde esta noche te daré un penique por cada marca que traigas, sea peniques si te sangran la nariz, y un chelín por un ojo negro... y te daré dos chelines si te rompen la nariz.

Mi madre estaba indignada.

—Gwilym, no digas eso... Escucha, Huw, si vuelves a pelear, hasta cuenta que ya no tienes madre... ni te hablaré... ¡Pelearse con los chicos!... Ya no

podré estar tranquila cuando salgas de casa.

—Un hambree debe pelear—dijo mi padre mirándome y como diciéndome que para él yo ya tenía categoría de hombre.

—Repíte, repíte eso... Otra paliza igual y nos lo traerán muerto.

—¿Paliza? ¿Quién dijo paliza? Ha perdido, pero nada de paliza... Dale tiempo al muchacho y verás cómo es el quien da las palizas entonces... Dai Bando, ven aquí.

En aquel momento apatrecieron Dai Bando y su inseparable compañero Cyfartha.

—Buenas tardes, señora Morgan—le dijeron a mi madre, y ella, que siempre estaba dispuesta a recibir cariñosamente a todo el que entraba en su casa, les dijo:

—Quítos las garras.

Ninguno de los dos se hizo repetir la orden.

Ianto me dijo:

—Dai Bando ha venido a enseñarte a boxear, Huw.

—Primero a pelear...—dijo Dai Bando, preparándose ya para empezar—. Hay muchas que se creen boxeadores y no saben ni pelear... El boxeo es un arte.

Yo dudaba de que fuera un arte, pero de lo que sí estaba seguro es de que era algo imprescindible para asistir a la Escuela Nacional.

Cyfartha, que estaba siempre de acuerdo con las opiniones de su amigo, se limitó a decir:

—Eso es, eso es.

—Anda y trae una taza de té para los muchachos.

—¿Té?—preguntó, incrédula, mi madre.

¡QUE VERDE ERA MI VALLE!

Mi padre no se acordaba en aquellos momentos de que los tales muchachos eran unos bebedores de cerveza tremendos y que ofrecerles te era peor que ofrecerles agua sucia.

En efecto, Cyfartha exclamó:

—¡Té!... ¡Nunca te, señora Morgan!

Un vaso de cerveza... dos, si hace el favor.

Mi madre no salía de su asombro por todo lo que veía y oía...

—¡Ah! Bañeros con agujeros, y ahora boxeadores—dijo dando un suspiro.



Llegué a la escuela muy ufano, y como la ciencia no se ve a simple vista, el infeliz de Melwyn vino dispuesto a atacarme como el día anterior. Nos sacamos las chaquetas y todo lo que nos impedía maniobrar con ligereza, y preparamos los puños; una, dos, y tres... ¡qué bien me salía todo!

Los niños estaban admirados y no hacían más que decir:

—Anda con él, Melwyn... Fíjate en el novato... ¿Qué te pasa que no le das ninguna?... Bien, anda, gradullón, levántate...

Mi afán de quedar como un hombre me apasionaba de tal manera, que no veía más que no fallaba ni un golpe, y que por lo tanto el triunfo era mío... ¡Qué contento estaría mi padre! Pero en aquel momento se presentó el maestro, y al encontrarnos burlando se aproximó a nosotros mientras decía:

—¿De modo que nuestro amiguito el minero ha vuelto a su deporte favorito, eh?... Señor Phillips, sirvame de apoyo.

Y mientras lo decía se disponía con su bastón a señalarme la espalda, pero Melwyn, mi enemigo, contestó:

—No quiero, señor.

Le contrarió la contestación al maestro y quiso obligarle.

—Haga lo que le digo, señor Phillips.

—No quiero, señor—volvió a repetir el muchacho.

Y como al profesor lo que le interesaba era castigarme a mí, y no le convenía perder la ocasión, se dirigió a otro.

—Señor Wells, venga usted.

Me pusieron en postura cómoda para herirme mejor con el bastón, y comenzó el martirio. Cada golpe del bastón me hacía perder el sentido de todo, y era tan fuerte el dolor que me atenazaba, que aun ahora me estremezco cuando lo pienso. Mi amiguita se aproximó a mí para infundirme aliento, me metió un guñuelo en la boca, y así no grité.

—Huw, ponte esto entre los dientes—me decía, y hasta Melwyn me aconsejaba.

—Muérdela fuerte.

Después de semejante paliza, quedé como para una cama, pero como yo era un hombre así que fuerzas de flaqueza y, tambaleándome, tomé el camino de mi querida casa.

...

Todos en casa esperaban mi llegada.

Ivor me vio llegar, y al verme sin ningún nuevo cardenal se tranquilizó, y me decía, mientras me daba palmadas en la espalda:

—¡Vaya con el colegial!

Pero tenía tan ligada la espalda, que sus golpecitos me hicieron un daño tan grande, que no pude menos de gritar:

—¡Ay, ay, ay!

Davy, que también estaba allí, junto con Ivor, Dai Bando y Cyfartha y otros mineros, me sacó la camisa y exclamó:

—¡Huw!

Estaban todos horrorizados de la carnicería que tenía en la espalda, y Dai, mi maestro de boxeo, dijo:

—¡Caramba, esto es increíble!

Tanto, con tristeza y muy indignado a la vez, me preguntó:

—¿Ha sido en la escuela, ¿verdad?

Y Davy:

—Te han molido los huesos, muchacho, ¿quién ha sido?

Yo callaba. No quería de ninguna manera decir que había sido el maestro, pues conocía el genio de mis hermanos y no dudaba de lo que pasaría.

—El señor Jonás, ¿verdad? — dijo tanto muy enfadado.

—Ya hablaremos con el señor Jonás —señaló Ivor.

Yo me opuse con toda mi energía a que se hiciera aquello, y les rogué que no le dijeran nada.

—¿Y por qué no? — me preguntó Ivor. Yo, sin embargo, quería excusarlo, porque comprendía que la culpa había sido mía por desobedecer su mandato. Por eso les dije:

—Le desobedecí al pensar.

—No es motivo para tanto — dijo Davy.

Yo, en mi interior, también estaba de acuerdo y reconocía que el castigo había sido muy superior a la falta; pero no obstante, proseguí:

—Pero él me advirtió...

Davy estaba enfadadísimo, y dijo mientras se disponía a ir al encuentro del señor Jonás:

—Pierde cuidado, que yo le... — Pero tanto no le dejó acabar la frase y, cogiéndole por un brazo, le dijo:

—Espera, Davy. Es asunto del chico; que decida él... Si está conforme, iremos a romperle los huesos a ese salvaje.

Yo me daba cuenta de la importancia de mi decisión y de la preferencia que mis hermanos me demostraban dejando el asunto a mi elección. Les respondí:

—No, no le haré nada.

Tanto y Davy me miraron y se miraron, admirados de la nobleza de mi infantil imaginación y de la bondad de mi corazón. Tanto me llevó en brazos a casa, mientras me decía:

—Creo que nuestro hermanito se va haciendo un hombre.

Y estas palabras curaron totalmente mi ligada espalda.

...

Continué yendo a la escuela sin ninguna interrupción. Me acuerdo con verdadero espanto del día que sucedió al del castigo.

Estábamos todos muy atentos, escuchando la explicación del maestro.

—Estas son las unidades... unidas en la medida de distancias... ¿qué?—Y en aquel momento se abrió la puerta y aparecieron por ella Dai Bando y Cyfartha, éste portador de un cubo y la correspondiente esponja, como corresponde a un cuidador de boxeadores.

Con el aire de despreocupados que los caracterizaba, se aproximaron a la mesa del señor Jonás, mientras éste los miraba con cara de muy pocos amigos.

—Buenos días, señor...—saludó Dai, y dejó en suspenso la frase, como esperando que el maestro le dijera su nombre.

—Jonás—respondió el profesor, cada vez más escamado.

Pero mis amigos estaban de humor y aun contribuía más a ello el ver la cara tan alarmada del señor Jonás.

—Señor Jonás—dijo Dai.

—Señor Jonás—repitió Cyfartha.

—Entonces no nos hemos equivocado—aseguró Dai, mientras Cyfartha se reía con todas sus ganas.

—¿Qué desean ustedes?—exclamó enojado el señor Jonás.

—Se puede aprender... algo nuevo cada día... ¿verdad, señor Jonás?

—¡Claro!—contestó admirado.

—Yo fui a la escuela también... pero no llegué a ser un talento—proseguía Dai, y todo lo decía sonriendo... Era eso lo que más me alarmaba a mí, que presenciaba la escena desde mi pupitre.

—Bien, ¿qué quieren ustedes?—dijo el maestro.

—Aprender... Díganos... ¿cómo se podría anhel la medida de una vara... señor Jonás?—Y se refería al bastón flexible del maestro.

El señor Jonás aparentó tomarse en serio la pregunta, aunque en realidad no sabía si todo aquello iba en serio o en broma. Respondió:

—Midiendo su longitud.

—¿Y cómo mediría usted al hombre... que usa esa vara con un muchacho... que no le llega a la cintura?—dijo, ya poniéndose muy serio, Dai.

—Eso es—exclamó Cyfartha, entusiasmado por las magníficas ideas de su amigo.

—Usted sabrá manejar bien la vara... pero mi oficio es boxear... según las reglas establecidas por el buen marqués de Queensberry.

—Que Dios tenga en su seno—murmuró Cyfartha.

—Y tendrá una gran satisfacción en enseñárselas... a usted.

Y mientras iba hablando, le daba unos golpes tan fenomenales, que el profesor perdió el sentido desde el primer momento. La clase entera, asustada al principio, se reía a gusto.

El único que permanecía quieto y contrariado era yo... porque era por mí por quien hacían todo aquello.

Cyfartha ayudó a levantarse del suelo al señor Jonás, que continuaba sin sentido, y le puso de nuevo en posición para continuar la lucha.

—Eso es, colócalo en guardia otra vez—dijo Dai, mientras continuaba hablando y mirándose a todos.

—Ahora, mirad... para ser un buen boxeador... hay que tener una... buena... derecha... ¿Lo veis? ¿Se fijó usted?...?—Y mientras lo decía, le dió al señor Jonás un puñetazo capaz de derribar un muro.

—Así es como se castiga con la derecha... pero con la izquierda... el golpe suele darse de abajo arriba:—Ahora verá usted—le decía al señor Jonás, pero éste hacía rato que ya no veía nada.

—¿No quiere escuchar a este señor? Le está hablando—bromeaba Cyfartha, mientras hacía grandes esfuerzos para

levantarlo del suelo, diciéndole con su guasita peculiar:

—Vamos, vamos, vamos... ¡Aup, aup, aup! Póngase en guardia.

Logró levantarlo, pero tenía que sostenerlo. Dai continuaba:

—¿Queréis prestarme atención, muchachos?... ¡Ah! No estoy acostumbrado a hablar en público—dijo Dai, y Cyfartha comentó:

—Sólo en las tabernas.

Dai prosiguió la lección práctica de boxeo:

—Las reglas prohíben... pegar en la nariz... Y le dió un colosal puñetazo en la nariz al señor Jonás, para demostrarle claramente que eso era lo que prohibían las reglas.

—Ahora bien... me temo que no haremos de él un buen boxeador—terminó Dai contemplando desmayado y cansado hasta nueve al señor Jonás.

Y Cyfartha:

—No, no tiene interés en aprender.

Una explosión de risas corrió las últimas palabras de los dos amigos, los cuales, muy satisfechos por el éxito obtenido, dieron por terminada su lección.

Despiadada, cruel, implacable, la mina iba destruyendo en sus entrañas a los hombres. La sirena, de nuevo, lanzó al aire su estridente y lamentable quejido, anunciando que algo terrible, algo espantoso, había sucedido allí abajo, en los subterráneos que se extendían como tentáculos de pulpa colosal que aprisionara unos tras otros a los que querían arrancarle el tesoro de su seno, aquel negro tesoro que todo lo ennegrecía, que todo lo destruía, que todo lo aniquilaba con el polvillo penetrante del mineral que se resistía a rendirse al hombre y en él vengaba la afrenta que de él recibía.

Todo el pueblo en masa corrió hacia la mina. No había sido la cosa tan seria como en un principio parecía. Sólo un hombre había caído aquella vez, pero aquel hombre fue Ivor. Le había aplastado una vagoneta en la tercera galería.

Bron había permanecido en la puerta de su casa en espera de las noticias que de la mina llegaran. Siempre, cuando en la mina había una catástrofe, cada uno pensaba que pudiera ser alguien de los suyos, pero todos abrigaban la esperanza de que por aquella vez los suyos se hubieran salvado... y esperaban contra toda esperanza. Así le pasó a Bron aquella tarde trágica. Esperaba que no fuera Ivor... pero temía que fuera su marido el que hubiera sucumbido

bajo la tenaza cruel de las galerías mineras.

Y fue Ivor... Un grito desgarrado, un grito como jamás he vuelto a escuchar otro en mi vida, salió de la garganta de la desdichada Bron... y cayó al suelo sin sentido.

El cuerpo de Ivor fue traído a casa y todos los compañeros desfilaron ante el cadáver, cantándose durante toda la noche los responsores y letanías de los Santos, en una media voz que infundía pavor y una honda e íntima tristeza.

A la madrugada, mi madre bajó del piso de arriba, se acercó a su marido y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo pausadamente:

—Ya tenemos un nieto, Gwilym...

—Sí... uno se va y otro llega — replicó mi padre sombriamente.

—¡Dile esto a la pobre... y verás cómo te contesta! — exclamó mi madre, tratando de infundir ánimos a su esposo en aquella hora de difícil prueba.

Así vino al mundo el hijo de mi hermano Ivor. El acontecimiento que en la familia había de traer la máxima alegría, venía acompañado del máximo dolor... Uno llegaba y otro se iba... Era la implacable ley de la vida... Era necesario someterse a ella, porque inescrutables son siempre los altos designios del Altísimo.

Ya seguía yendo a la escuela. Se me

respetaba ya, y se me quería en ella y hacía progresos bastantes para que mis profesores y, sobre todo mis padres, estuvieran contentos de mí.

El día que llegué a casa con un diploma redactado en latín, aprobando mis estudios, se humedecieron de alegría los ojos de mi padre, mientras mi pobre madre comentaba, extrañada de aquellas raras cosas que pasaban en una familia de mineros que nunca se había preocupado más que del trabajo de la mina:

—¡Pobre hijo mío...! Te llenan la cabeza de latín... de sistema decimal... de bañeras con agujeros... ¿Para qué va a servirte todo esto?

—Mi querida mujercita... ¿qué entiendes tú de estas cosas? — le interrumpió mi padre gritando.

—¡No grites así, que despertarás al niño! ¡Ves...? ¡Ya lo has despertado! —gruñó mi madre, acercándose a Bron, que sostenía en sus brazos al pequeño y, contemplándolo atónada, añadió—: ¡Qué hermoso es! Se parece a mi padre.

Torció el gesto mi padre al oír aquella frase y gruñó malhumorado:

—Siempre dices tonterías, Beth... Bueno, hijito—siguió diciendo, dirigiéndose a mí—, ahora irás a un colegio... luego a la Universidad y podrás ser abogado o doctor en Medicina.

—El doctor Huw Morgan... eso suena muy bien—comentó Bron, sonriendo con aquella sonrisa tan triste que le había quedado desde la muerte de su esposo.

—Sí, eso es—añadió mi madre, comenzando a entusiasmarse con la idea—. Con su caballo, su coche, un traje de levita y una camisa de seda... ¡Ja, ja!... ¡Habrá que verle!... No te vayas, Huw.

Vay a traerte un vaso de leche para que tengas fuerzas y sigas estudiando.

—Sí, madre... y bircocho del que hace Bron—pedí yo, muy contento.

—¿Cuánto lo siento, Huw!—exclamó Bron tristemente—. Hoy únicamente he cocido pan... El bircocho era de Ivor...

Había un gemido en su voz al pronunciar estas palabras. Se acercó a la puerta, llevando en brazos a su hijito; lo tenía fuertemente apretujado contra su pecho, pero su alma estaba lejos de él, su alma había volado hacia la mina... hacia aquella tercera galería en la que Ivor había encontrado la muerte, y se imaginación volaba al lado del que había sido sostén de su vida y luz de sus ojos.

—¡Ay, madre... qué sola estoy sin él! —sollozó, contentivamente, porque nunca su dolor se manifestaba en una explosión—. Todas las noches preparo sus botas y su ropa... y allí están a la mañana siguiente... ¡Qué sola estoy sin él!...

Estrechó aún con más fuerza contra su seno a su hijo y salió en dirección a su casa.

Mi madre la vió partir sin decir palabra, pero cuando desapareció de nuestra vista, dirigiéndose a mi padre, le dijo:

—Gwel... ¿le digo a Bron que venga a vivir con nosotros?

Reflexionó mi padre unos instantes y luego contestó, con su voz grave y serena:

—No, Beth... Es mejor que siga en su casa...

Mi madre asintió en silencio. Comprendía las razones de mi padre, que se exponía, pero que ella conocía bien. Cada hogar quiere un ama...

Luego mi padre me cogió a mí por el

brazo y me preguntó, volviendo a nuestra primitiva conversación:

—Bueno, Huw... ¿por qué te decides?

—Quiero ir a trabajar a la mina contigo—contesté yo tan firme, tan decidido, tan seguro de lo que decía, que mi padre me miró asombrado:

—¿Qué dices, muchacho? ¿No se ha hecho la mina para ti? ¿Por qué no eliges un oficio respetable?

—¿Respetable?—saltó mi madre, como si le hubieran dirigido el más espantoso de los insultos—. ¿Entonces, tú y sus hermanos, qué sois? ¿Unos cualquiera?

—Déjanos tranquilos, Beth... Yo quiero lo mejor para el muchacho.

—Si llega a ser un hombre honrado y recto como tú y sus hermanos... ya estoy satisfecha.

—Yo pienso en el futuro del chico. En mis tiempos era distinto. Se ganaba di-

nero y era un buen trabajo... pero Huw ha estudiado, ¿por qué ha de meterse ahora en la mina?

—Lo prefiero, padre—contesté yo resueltamente, porque estaba decidido a seguir el ejemplo de mi padre y de mis hermanos.

—Está bien... tú lo has decidido... pero si te equivocas, no te quejes... Después de todo, la mina es...

—Buena...—afirmó mi madre, concluyendo la frase que mi padre había dejado sin terminar.

Mi padre, visiblemente contrariado, se levantó, cogió su sombrero y se dispuso a salir.

—¿A dónde vas?—le preguntó mi madre.

—A emborracharme—repuso él. Y abrió y cerró la puerta con rapidez inusitada.

...

La mina era buena, sí, señor, aunque en su seno quedaran desgastadas las vidas de sus servidores; pero la mina era buena, porque era el pan de todo el pueblo y la vida de todos los hogares.

Aquella misma noche me llegó hasta casa de Bron, que no se extrañó al verme en ella, porque me pasaba muchas horas a su lado, haciéndole compañía, embobado en su belleza serena y en la honda tristeza que desde la muerte de Ivar se reflejaba en sus pupilas azules.

—Voy a trabajar en la mina, Bron — le dije, después de haberla saludado.

—Entonces... ¿ya no quieres ser doctor?—preguntó ella, sin gran extrañeza. Y con un suspiro añadió:— ¿Se ve que también llevas el carbón en la sangre?

—Bron... comencé a decir un poco tímidamente, porque lo que tenía que decirle era muy trascendental... ¿quieres que me venga a vivir a esta casa y te traiga mi jornal?

—Debes vivir con tu madre—replicó ella, dándome una honda mirada de agradecimiento.

—Es ella quien me manda aquí.

—¿Por lástima?—preguntó Bron, emocionada.

—No, Bron, no es por eso... Es porque... si preparas todas las noches unas ropas de minero... pues... que sean para alguien... balbucí yo con unas enormes ganas de llorar, pero conteniéndome,

porque estaba convencido de que ya ya era un hombre, y los hombres no deben llorar.

—¿Qué bueno eres, Huw? — exclamó Bron.

—¿Quieres o no, Bron...? — insistí yo.

—Sí—aceptó ella, procurando contener sus lágrimas.

Así dejó Bron de estar tan sola en su casa y así empecé yo a trabajar en la mina. Era rudo el trabajo. Hacía lo más rudimentario: arrastrar vagonetes a través de las galerías, sostener el pico de los zapadores, trasladar la materia oscura de un lado a otro con mis manos, que se iban impregnando, como las de mi padre, como las de mis hermanos, como las de todos los hombres del valle, de aquel polvillo fino del que ya nunca jamás lograría deshacerme, porque pasaba a formar parte integral de nuestra sangre y de nuestro ser.

Mis hermanos no podían tomarme en serio y me embromaban cada vez que me encontraban con mi ropa de minero, un poco grande para mi cuerpecillo desmedrado y delgaducho, y me cogían en brazos y me zarandaban, con gran indignación por mi parte, que me sentía tan hombre como ellos mismos.

Pero en la mina no todo marchaba bien... Los tiempos eran cada vez más difíciles... sobraba la mano de obra y escaseaba el dinero... Un día, mis dos her-

munos Davy y Lanto se quedaron sin trabajo, porque eran los mejores obreros de la mina y sus jorales, demasiado elevados para competir con otros obreros más pobres que pedían trabajo.

Llegaron a casa decididos a emigrar, como habían hecho Owen y Gwilyn. Marcharían a América, donde el trabajo no faltaba jamás para obreros como ellos.

Mi padre escuchó en silencio esta determinación. No podía, no quería hacer objeción alguna. Sus hijos tenían razón: no debían quedarse en el valle a morir de hambre, ellos que ahora comenzaban a vivir...

Davy puso en las manos de mi padre la Sagrada Biblia:

—¿Quieres leerme algún capítulo, padre?—suplicó.

—Sí, hijo mío—replicó mi padre sentándose ante su mesa de trabajo, seguro de que sus hijos le pedían aquello para evitarle el dolor de la despedida, para que tanto él, que quedaba en el hogar que los hijos iban desertando, como ellos, que marchaban a otras tierras, hacia lo desconocido, hallaran aliento y se sintieran reconfortados por el Dios misericordioso que guía los pasos de los hombres, en el momento supremo de la separación.

Mi padre comenzó a leer:

«El Señor es mi pastor y El me guarda... me lleva a las praderas verdes... me conduce junto a aguas tranquilas, conforta mi alma... me lleva por sendas seguras que a El conducen... y aunque ya marché por este valle de lágrimas, atormentado por el dolor, no tengo miedo, porque El está conmigo... El me da alientos para seguir mi camino... El prepara mi mesa ante mis enemigos...

El unge mi cabeza con aceite oloroso y El me cuida y defiende...»

Se quedó en suspenso. Davy y Lanto, después de haber obligado a mi madre a sentarse en la mecedora y haberla mecido suavemente, hasta lograr adormecerla, habían salido de la habitación de puntillas, para que no les oyeran.

Mis padres oyeron la salida, tanta como la apresintieron... En suspenso quedó la oración... y en suspenso quedó el balanceo de la mecedora. Pero ni uno ni otra se movieron de sus sitios, ni levantaron la cabeza, ni corrieron a la ventana por ver perderse, destacadas sobre el cielo de un atardecer, las siluetas de sus dos hijos, cargados a la espalda sus batiles con los pocos enseres de mineros, camino de lo desconocido...

«Y aunque yo marche por este valle de lágrimas, atormentado por el dolor, no tengo ningún miedo... porque El está conmigo y me da alientos para seguir mi camino...»

Esta frase estaba grabada en el corazón de los que en el hogar quedábamos, y en el de los que marchaban con paso firme, carretera adelante, sin volver el rostro para no despedirse del valle...

Mucho tiempo después, desplegando a la vista de mis padres un gran mapa mundi, les iba mostrando los lugares en donde estaban sus hijos... ¡Habríamos quedado tan solos en nuestro hogar! ¡Se había hecho tan grande aquella casa para nosotros tres solos!...

—Mira, mamá... por aquí están Owen y Gwil... Abajo, en la Ciudad del Cabo, está Angharad... y arriba, en el Canadá, Lanto... Luego, siguiendo este camino, llegamos a Nueva Zelanda, donde está Davy... Y tú, madre, eres su estrella que brilla para todos desde esta casa,

a la que dirigen sus miradas a través del inmenso océano...

—No la entiendo —murmuró mi madre mirando atentamente el mapa—. Si se fueran tan lejos de nosotros... ¿cómo pueden estar encerrados en esta hojita de papel?

—Es un mapa mundi, mujer... —explicó mi padre—. Lo ha traído Huw para que sepas dónde están nuestros hijos...

—¡Yo sé bien dónde están sin esos mapas que no entiendo! —suspirlé mi madre—. Están en la casa...

¡Y tenía razón! Tanto, Davy, Owen, Gwilyn, Ivor... Angharad... ¡Todos estaban con nosotros, aunque el viento de la adversidad los hubiera dispersado a los lugares más lejanos del globo! ¡Todos estaban con nosotros, porque sus almas no nos podían abandonar!

Angharad regresó de la Ciudad del Cabo sin su marido... No vino a vivir con nosotros, sino que se quedó en la casa de Evans, en lo alto de la colina... Se había convertido en una gran señora y se veía obligada a conservar su rango... Pero yo, que seguía sintiendo por Angharad aquel amor de chiquillo mimado que me había unido a ella con más fuerza que a todos mis hermanos, no pude resistir a la tentación de ir a verla, sin decir a nadie la determinación que había tomado.

Me amedrentaba un poco el aspecto señorial de la casa y me turbó mucho tener que enfrentarme con el ama de llaves que acudió a recibirme apenas me abrió la puerta una criada. El ama era una sirvienta muy antigua de los Evans que se había constituido en dueña y señora de todo el patrimonio moral de la familia, a la que se creía con perfecto derecho de organizar a su modo y de mandar a su antojo.

Pero cuando vi a Angharad, se abuyentaron todos mis temores: hice admián de arrojarme a sus brazos, pero me contuvo con un gesto y quedé desconcertado, mientras el ama no cesaba de observarme. Mi hermana le rogó que nos sirviera el té.

El ama asintió y se alejó para preparar lo pedido.

—¿Cómo has crecido, Huw?... ¿Cuán-

to has cambiado! — exclamó entonces Angharad, que estaba bellísima y tan elegante que apenas acertaba a reconocerla con sus vestidos de gran señora.

—También tú has cambiado mucho... —murmuré yo, mirándola a lo hondo de sus ojos, en los que veía algo que entonces era para mí inexplicable.

—Sí... Ya sé que garezco bastante y que tengo que cuidarme mucho... Todo el que viene a casa me dice eso... ¡y asunto concluido! Dímelo tú también... y no te preocupes de nada más... Dime, Huw... ¿cómo está...? —comenzó a decir, con una gran angustia pintada en su rostro.

Pero se contuvo, hizo un esfuerzo y preguntó, para desviar sus ideas:

—¿Cómo están los muchachos y las chicas del valle?

—Pues... —balbucí yo, dando vueltas entre mis manos a mi gorra, muy turbado porque me parecía adivinar el deseo de Angharad... Pues, la hija de Jenkins se murió... Hughes estudia medicina... Lys Powell trabaja con un abogado y envía diez cheques cada semana a su madre y... y el señor Gruffydd sigue acostándose el último y levantándose el primero, como siempre...

Me cogió entre las suyas mis calenturientas manos de niño, y me preguntó con ansia:

—¿Cómo está, Huw...?

—No está como antes...

—¿Qué tiene?

—No sé... algo raro en los ojos... y en la voz... igual que tú...

Se levantó y me ordenó:

—Vete a casa, Huw.

Iba a obedecer, extrañado de su cambio de actitud, cuando entró el ama con el te que Angharad había pedido para los dos.

—Déjelo aquí, señora Nicholas, lo serviré yo—ordenó Angharad, sobreponiéndose.

—¿Cómo...!—exclamó el ama, extrañada—. Yo siempre lo serví al señor Iestyn y a su pobre madre...

—Lo serviré ya—dijo de nuevo Angharad con un empuje y una altivez que me eran totalmente desconocidos.

—Está bien... como quiera la señora. Un ama nueva es igual que una camisa... de nueva está áspera... pero se suaviza después—murmuró la señora Nicholas, que me fue sumamente antipática desde el primer momento.

—¿Por qué tienes a esa mujer!—pregunté a mi hermana cuando la señora Nicholas nos dejó solos.

—Porque lleva treinta y siete años con la familia... ¡y me lo dice sesenta veces al día!... Vamos, Huw, vamos a tomar el te—me suplicó.

—¿Ya no quieres que me vaya?

—No... Huw... ¡Ah... debí habérselo dicho a mamá... pero...!—rompió a llorar desoladamente, y fue entonces, en aquel momento, cuando comprendí bien toda la tragedia que se desarrollaba en el alma de Angharad y toda la renuncia y el sacrificio de aquel hombre admirable que había sabido vencer al amor con el amor, estrujando su propia corazón para darle más puro, más sublime, más abnegado, a sus hermanos, a todos los que de él necesitaban, a todos los feligreses de su parroquia, por quienes trabajaba incansablemente en una labor sublime que sólo por Dios podía llevarse a cabo.

La calumnia, venida de quien sabe qué sórdidas reconditeras malévolas, creció por todo el pueblo. Fué una lengua la que lanzó la idea... una lengua de víbora escondida en la boca de la señora Nicholas... que al Angharad no se llevaba bien con su marido... que al señor Gruffydd... que por éste había regresado sola... Y todo el pueblo se hizo eco de aquella que era falso, terriblemente falso e infamante, llevando la mayor amargura a mis padres.

Me costó una seria pelea con un muchacho del pueblo, que, en unión de otros, todos compañeros en la mina, me lanzó al rostro la infamante mancha que querían arrojar sobre el nombre de mi hermana. Y muchas vecinas cuchicheaban sin piedad a mi paso frente a sus casas.

Y el asunto tomó tal incremento que, siguiendo aquella costumbre ancestral, fué elevado al tribunal que actuaba a la sombra y amparo de la Iglesia.

Aquel día, después de la pelea, me dirigí directamente a la casa de mis padres, cuya puerta permanecía cerrada por vez primera. Mi padre, al verme, comprendió lo que había ocurrido.

—Hubo jaleo otra vez, ¿no?

Y mi madre, al ver mi mano derecha ensangrentada, me preguntó, alarmada:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Has reñido?

Y yo dije, apenadumbrado:

—Fué John... que... dijo cosas malas de Angharad y del señor Gruffydd.

—Cosas de chicos... intentó disimular mi madre.

—Has hecho bien, hijo mío... aprobó mi padre.

Se levantó y, con tristeza, acompañó a mi madre:

—Volveré a la hora de cenar.

—¿No vas a la reunión?

—No... repuse con firmeza... Y no volveré a ir a ella... No quiero sentarme al lado de chismosos.

Mi madre le dijo dulcemente:

—Cuando veagas, te calentará la comida, Gwil...

—Ya sé que me quieres, mujercita... sonrió mi padre, mirándola enternecido.

Y ella, ruborizada como una muchacha en los comienzos de su noviazgo, le replicó:

—¡Anda ya, chiquillo...!

—¿Por qué no va a la reunión hoy? pregunté yo a mi madre cuando mi padre hubo salido.

—Porque... hoy se van a ocupar de... del caso de Angharad...

—¿De Angharad? ¿Pero si no ha hecho nada!—grité yo, en el colmo de mi indignación.

—Nada, es suficiente para que se levante la calumnia, hijo mío... Y la calumnia es mancha de aceite que en pocos momentos toma proporciones gigan-

testas... ¡Dios quiera que nunca te veas envuelto en ella, hijo de mi alma!

—Madre... ¡Augharad no asistirá a esa asamblea...? —inquirí yo, acordándome del hochorno espantoso que sufrió aquella pobre muchacha, a la que hacía ya mucho tiempo que se la acusó en público de una falta cometida.

—No, hijo mío, ni ninguno de nuestros... Pero eso no aquietará las lenguas, porque la maldad halla muy pronto eco en el corazón de los hombres...

—Iré yo, madre...—repliqué.

Estaba, en efecto, reunida la asamblea y fueron muchos los ojos que se clavaron en mí al verme entrar. Me quedé en el último banco, y esperé.

La figura noble, enérgica, magnífica, del pastor se destacó en la tribuna oratoria. Miró a toda el auditorio en silencio y luego, con voz grave, lenta, como salida de la profundidad insondable de su alma, comenzó a decir:

—Esta vez es la última que hablo ante vosotros... Abandono este valle, y lo dejo por aquellos que me han ayudado y por otros... que me han dejado que les ayude... Pero respecto a esos que han querido demostrarme que con ellos perdí el tiempo... sólo he de decir esto: ¡Que no existe entre vosotros ninguno que tenga el valor de presentarse ante mí y acusarme de nada malo!

El silencio con que se le escuchaba se hizo aún más denso, y muchas frentes se humillaron, sin valor para desafiar la mirada serena y enérgica del pastor, que no temía la maledicencia, porque su conciencia era clara y transparente como el cristal y ni el más leve soplo de un mal pensamiento la había enturbiado.

—Y, sin embargo...—siguió diciendo el señor Gruffydd—, si se hubiera cometido algún mal... es a mí sólo a quien debéis

hacer responsable de él. ¡No hay ninguna voz que se levante para acusarme?

¡No...! ¡Sois tan cobardes como hipócritas! Pero... no es la reprocho... La culpa es tanto mía como vuestra... Esas lenguas venenosas... esa estrechez de miras que demostráis... prueba que he fracasado en mi tarea de enseñaros el camino verdadero, el camino del bien y de la virtud, el camino del amor al prójimo y del respeto a nuestros semejantes... Cuando era joven, niño casi y al decir esto se dirigió a mí y me acarició—llegué a pensar que con la verdad conquistaría el mundo... que reuniría el mayor ejército que los conquistadores pudieron jamás soñar... no para invadir naciones, sino para librar a la humanidad de sus males... con mi palabra, es la que debía resplandecer siempre la verdad... Pero muy pocos me oyeron... y sólo unos cuantos llegaron a comprenderme... Para los demás, fue mi palabra como semilla que cae en un pedregal... ¡Por qué venís aquí? ¡Por qué os disfrazáis con vuestra hipocresía y venís como personas honorables y sin tacha, a juzgar lo que desconocéis? ¡Por amor...? ¡No, mil veces no! Habéis demostrado que vuestros corazones duros no se ablandan por amor al prójimo... Yo sé bien por qué venís... Os he visto acudir día tras día a este recinto y sé por qué lo hacéis... Por temor, solamente por temor... Miedo a vuestros rencores... porque siempre tendéis presente ante vosotros el castigo que merece vuestra soberbia... Os habéis olvidado del amor de los hombres y de la elevación del sacrificio... ¡Creéis que todo es rastro, como vuestras almas! ¡Cobardes, hipócritas, que tratáis de engañaros con vuestros cánticos! Pero deberíais recordar que es vuestras oraciones invocáis el perdón y la misericordia, y que si no correspon-

déis con vuestro amor al prójimo no habéis de ganarlo jamás...»

Seguido por las miradas de todas, el señor Gruffydd cruzó la amplia nave y salió de la capilla en medio del más profundo silencio. Nadie se atrevió a arrojar contra él la primera piedra... Nadie, sin embargo, tuvo valor bastante para defenderle. Eran unos cobardes e hipócritas, como él les había dicho con valentía: cobardes porque no tenían valor para acusarle públicamente, sino que con rastrea y malevolencia infamaban su nombre puro; hipócritas porque fingían ahora una humildad que estaban muy lejos de sentir, ya que todos estaban contentos de que abandonara el pueblo aquel hombre que era modelo de virtudes, de abnegación y de sacrificio y al que ninguno de ellos era digno de servir...

Yo salí detrás del señor Gruffydd, sin hacer caso del requerimiento a permanecer allí, que me hizo Parry al vernos, para celebrar en mi presencia la asamblea. Le encontré escribiendo en la habitación contigua.

—¿Puedo servirle en algo? —Le pregunté, procurando dominar la tristeza que me embargaba, mientras él doblaba y se metía en el bolsillo una carta en la que sólo había tenido tiempo de escribir el nombre de mi hermana.

—Sí, Huw... puedes hacerme un gran servicio... —me dijo. Y sacando del bolsillo de su chaleco un reloj magnífico, añadió: —¿Ves este reloj? Me lo regaló mi padre el día que me doctoré... Ha marcado horas inolvidables para mí... Tómalo...

—No... no, señor... me resistí yo, creyéndome con muy pocos méritos para aceptar aquel magnífico regalo.

—No te niegues a hacerme este favor.

Acéptalo como recuerdo de quien no te olvidará nunca.

—Señor Gruffydd... ¿No irá a ver a Angharad antes de abandonar el valle? —le pregunté. —¿Ella querrá verle?

—No... Si fuese a verla, estoy seguro de que me faltaría el valor para dejarla —replicó el pastor con voz tan pausada y grave que era como el sonido de una campana que estuviera tocando a muerto. —¡Adiós, Huw...! ¡Y que llegues a ser un hombre de provecho!

Una a contestarle cuando el lamento largo, doloroso, de la sirena, rompió la quietud del aire sembrando el terror por todo el valle. Era un lamento insistente, prolongado, como el estertor de una fiera herida de muerte. Anunciaba, para los que conocíamos su gemido, una gran catástrofe en la mina y pronto el pueblo en masa se hacinó en torno a la puerta de las minas.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Ha habido fuego? ¿Es una inundación? —preguntaban las gentes.

—Un accidente... Una catástrofe... Dicen que ha habido un hundimiento y que hay muchos muertos —replicaban los que habían llegado primero y estaban mejor informados.

Efectivamente: era un hundimiento en lo más hondo de las galerías y, como había ocurrido en plena actividad, las víctimas eran muchas.

El pastor se abrió paso, logrando llegar hasta la boca de la mina:

—¡Hermanos... tened calma! —gritó, imponiéndose con su gesto y con su voz, que infundían siempre respeto y valor, a la doliente multitud... ¡Dejad paso a todos los que tengan parientes en la mina! —ordenó.

Luego, en voz más baja, preguntó a uno de los hombres, sin dejar de mirar-

me a mí, que me había mantenido siempre a su lado.

—¿Y Gwilyn Morgan?

—Aun no ha salido... Está en la última galería.

Todos permanecieron callados. Mi padre era querido y respetado por todos. Se esperaba con ansia la subida de las vagonetas que de las entrañas de la tierra subían a la superficie heridos y cadáveres, llenos de lodo negro.

También bajó Angharad de la colina hasta la mina al escuchar la voz de alarma de la sirena. Estaba tan bella, tan hermosa en su puro dolor, que nadie se atrevió a oponerse a su paso y aun sus calumniadores la miraron con respeto.

—¿Y mi padre...?

—Aun no ha salido, señora Evans... le contestó uno de los encargados.

Los ojos de Angharad se cruzaron por un instante con los del señor Gruffydd. ¡Cuántas cosas debieron decirse en aquel momento sus dos almas atormentadas!

El Pastor supo sobreponerse a aquel instante de debilidad tan humana y tan consciente, y preguntó, resuelto a dar un ejemplo de heroica abnegación a sus detractores:

—¿Quién viene a buscar a Gwilyn Morgan y a los otros?—preguntó, porque ya nadie tenía valor para bajar hasta la última galería, en busca de los que allí podían quedar.

—¿Aquí hay uno!—se ofreció Dai, que estaba casi ciego.

—¿Y tú, Gylarthia?

—Yo no tengo valor para bajar... pero te guardaré la chaqueta—repuso, no sin emoción, el hasta entonces inseparable compañero.

Unos pocos más se ofrecieron a bajar, atraídos por el ejemplo del Pastor, que mi hermana agradeció llena de emo-

ción, estrechando su mano largamente, y yo bajé con ellos, guiando al torzado Dai que me llevaba en sus hombros.

La inundación lo había invadido todo. El agua nos llegaba a la cintura. El derrumbamiento debía haber sido algo espantoso, porque las galerías estaban alineadas y todo se había venido abajo vigas, rieles, carretillas, mineral, todo arrastrado por aquel desprendimiento de tierras reblandecidas por una corriente interior que no se había podido evitar y que ahora lo invadía todo.

Conocía yo bien todos aquellos vericuetos y, sin embargo, me costaba ahora reconocerlos y orientarme por entre los escombros. Mi voz gritaba constantemente:

—¡Padre!... ¡Padre!... ¡Padre!

Y el eco repetía mi llamada hasta lo infinito, perdiéndose en galería en galería como si fuera a llevar mi grito hasta la eternidad.

De pronto me pareció escuchar un leve gemido... como si fuera la voz de mi padre que me respondiera... Me orienté por aquello que no sabía si era alucinación de mis sentidos o realidad, y volví a lanzar al aire el grito de: «¡Padre!...», para ver si él me respondía.

Sí... allí... aprisionado entre unas vigas, estaba su cuerpo. Sólo emergían los brazos, los hombros y aquella cabeza noble y santa que ahora el dolor hacía doblemente venerable. Todavía me vió, todavía tendía a mí sus brazos, aun pudo susurrar con sus labios amoratados ya por la muerte:

—Que llegues a ser un hombre de provecho... mi pequeño Huw...

Cai sobre el sollozando... Ahora no me daba vergüenza llorar, porque también los hombres lloran en la hora suprema de los grandes dolores...

Arriba esperaban, entre la multitud, las tres mujeres: mi madre, Angharad y Bron, tres imágenes queridas atenazadas por la angustia y el presentimiento. En los ojos de mi madre había la alucinación de visiones pretéritas; le parecía que veía a Ivor llamándola desde la eternidad, y al lado de Ivor su esposo, que también la llamaba para que fuera a reunirse con ellos. En las pupilas claras y dulces de Bron había la melancolía del recuerdo... ella había pasado ya por aquel dolor espantoso y terrible. En la mirada oscura y brillante de Angharad había condensada toda la tragedia de su alma de mujer, toda el ansia de aquello que pudo haber sido y que nunca sería, toda la angustia de un amor sublime que jamás podría lograr, toda la miseria de su alma femenina anonadada en la angustia de amar sin esperanzas...

En el elevador subíamos, hacia la luz del día, el señor Geuffydd, que parecía protegernos con sus brazos puestos en cruz, y, a la sombra de ellos, yo, pobre chiquillo becho hombre de pronto por la magnitud de la tragedia ocurrida, con el cadáver de mi padre reposando sobre mis rodillas, viéndole aquella frente atena, en la que ahora parecía resplandecer la luz del Altísimo que le había acogido en su seno, como azoge a los que son mansos y humildes de corazón.

Los hombres cerca mi padre no muertan. Aun está conmigo... vive en mi recuerdo tal como era en esta vida. ¿Qué verde era entonces mi valle...?

Y con mis cincuenta años de recuerdos, envueltos en mi mente como están envueltos en mi fardo todas mis enseres de minero, abandono mi valle natal, como lo hicieron antes mis hermanos. ¡Y esta vez para no volver nunca más!

FIN

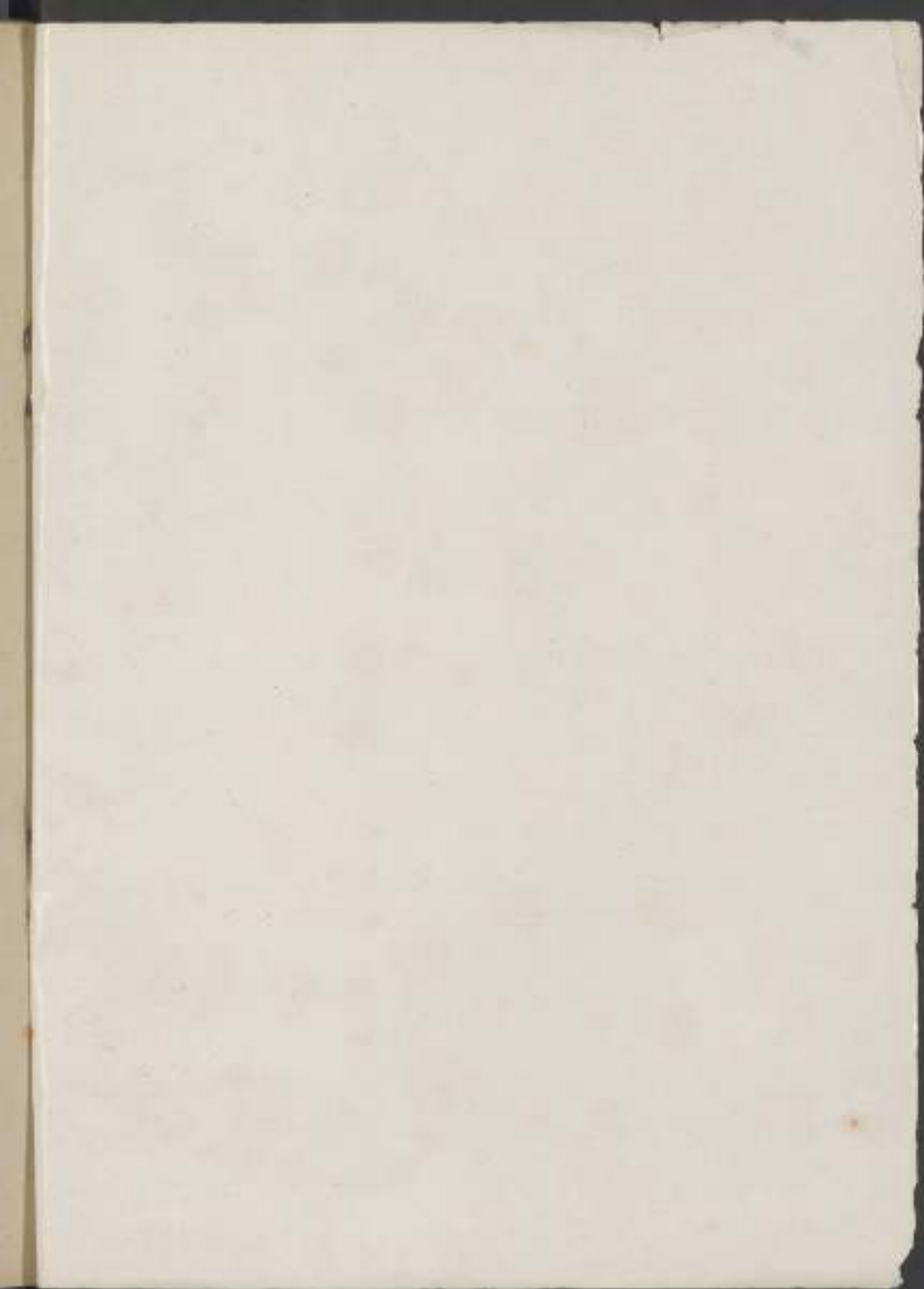
Todos los grandes éxitos de



LA MARCA DE LOS GRANDES ESPECTÁCULOS

publicados en esta colección:

**Por otro querer - El explorador
perdido - Vinieron las lluvias -
Suez - Tú serás mi marido - El
signo del Zorro - ¡Qué verde
era mi valle!**



E. B.